



petróleo y sangre en el Sinaí

CURTIS GARLAND



SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

PETROLEO Y SANGRE EN EL SINAI

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.269

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 42.021 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1974

© **Curtis Garland - 1974**

texto

© **Salvador Fabá - 1974**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.266. — Agente 2000.

En Colección PUNTO ROJO:

657. — Amenaza al 10 de Downing Street.

Sinaí... Nombre bíblico. Árida y montañosa península egipcia, que un día fuera lugar del encuentro del hombre —Moisés— con Dios, Yavé...

Desde el Decálogo a nuestros días, la dura tierra egipcia, vecina al Mar Rojo, también de bíblicas resonancias, las cosas han cambiado mucho. La «Guerra de los Seis Días» convirtió esa región egipcia en israelí. Y en torno a ella, siguen las grandes diferencias políticas y raciales de los dos pueblos en lucha eterna: árabes y judíos. Es un mundo convulso y decisivo, pese a su reseca y abrupta geografía, sólo rica en petróleo y arqueología.

Quizá sea más que todo eso. Acaso sea un símbolo de muchas cosas a las que ninguno quiere renunciar. Lo cierto es que la guerra o la paz dependen de esa desolada península oriental, sin que nadie sepa a ciencia cierta por qué.

En torno suyo, intereses internacionales, muchas veces turbios e indignos, complican aún más la situación.

Y en medio de todo ese caos, de esa tensión constante, que es foco de violencia, dos grandes protagonistas de la historia del Sinaí y de todo el Oriente Medio: el petróleo y la sangre, derramados generosamente en el Sinaí.

En medio de esa encrucijada violenta y dramática, quizá, también, las pasiones humanas conduciendo a la muerte, al crimen despiadado y feroz...

«No matarás...».

Decálogo.

(Éxodo, xx).

PRIMERA PARTE

ENCRUCIJADA DE MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

—Será mejor que no se muevan, señores. Esto es un secuestro.

Lo había empezado a sospechar así unos momentos antes. Justo cuando vi asomar el acero frío y pavonado, en la mano morena de mi vecino de asiento, al otro lado del pasillo del «Boeing 707» de la *Transworld Airlines*.

Las duras, secas palabras del viajero, no hicieron sino confirmar mis temores. Por si ello fuera poco, al final del corredor se levantaron dos personas más: un hombre y una mujer.

Ambos habían abierto sus estuches de viaje. Él esgrimió un subfusil especial, plegable, que había montado con celeridad. Ella, sujetaba con mano firme una automática tipo «*Parabellum*», enfilada hacia todos nosotros.

Llegó a sonreír amablemente, cuando su voz, femenina y suave, pronunció unas pocas palabras, algo secas y amenazadoras, pese a su tono:

—Será mejor que obedezcan y se porten bien. No queremos hacer daño a nadie. No nos gustaría que nos obligaran a ello.

Era evidente que tampoco a mí me gustaría personalmente. Miré en derredor, preocupado. Los viajeros estaban aterrorizados. Algunos, mostraban enfado e incluso ira, protestando airadamente contra el terrorismo aéreo y sus infames consecuencias. En su exaltación, llegaban a pronunciar frases injuriosas, gravemente peligrosas a mi juicio, contra los terroristas palestinos, los árabes en general, y ello no conduciría a nada bueno si nuestros raptos eran gente de poca paciencia.

—Yo de ustedes no hablaría alocadamente, señores —dijo con fría entonación el árabe que hablara en primer lugar—. No hemos molestado a nadie, ni pensamos hacerlo, si colaboran con nosotros en la medida posible. Los insultos no conducen a nada práctico, y pueden conseguir que alguno de nosotros se ponga nervioso. Les

ruego se comporten serenamente, y todos saldremos ganando.

—¡Son unos malditos piratas! —aulló un hombre gordo y muy rubio, con aire teutón, sentado ante mí, en la hilera delantera de asientos—. ¡No merecen que se les considere hombres civilizados!

—Caballero, respetaremos sus opiniones —comentó con ironía el palestino, mirándolo indiferente—. No va nada personal contra usted, sino contra este avión en general. En estos momentos, otro comando nuestro se ocupa de reducir al piloto amistosamente. Desviaremos el rumbo de la nave, pero no creo que deban temer nada, si se mantienen en sus sitios como si no ocurriera cosa alguna. Cuando lleguemos a destino, procuraremos que sean conducidos a otro avión, y se les traslada a sus verdaderos puntos de destino.

—¿Eso significa que vamos a tener que dirigirnos a un lugar muy diferente al que precisamos llegar? —protestó otro viajero.

—Me temo que, de momento, así sea, señores —afirmó la mujer de tez bronceada y oscuros ojos, empuñando su «*Parabellum*» con mano tan firme como cualquiera de sus compañeros del sexo opuesto.

Hubo murmullos, quejas, lamentaciones. Sólo unos pocos nos mantuvimos callados. Personalmente, estaba convencido de que la protesta no conducía a nada. Y si nuestros captores se ponían nerviosos, todo sería mucho peor, como muy bien habían advertido previamente.

La puerta de acceso a la cabina delantera, se abrió en ese momento. Una bella azafata de TWA apareció en el umbral. Sólo que llevaba algo poco acorde con su condición de *stewardess*: una excelente «Beretta» calibre 32, que manejaba como los ángeles... si es que los ángeles saben manejar pistolas, cosa que dudo mucho.

Tras ella venía un caballero que, momentos antes, había solicitado algo de los servicios de a bordo, relacionado con un radiograma urgente. También él iba armado, pero apuntaba hacia la cabina de mandos del «Boeing».

—Como ven, todo está bajo control —sonrió el árabe que hablara en primer lugar, y que parecía tener alguna autoridad sobre los demás—. Sería una torpeza por parte de cualquiera de ustedes intentar oponer alguna resistencia a nuestra acción. El piloto y copiloto están reducidos y aceptan su suerte. El operador de radio

ha transmitido ya el mensaje a la torre de control, advirtiéndolo que sucede a bordo. Esperamos respuesta, para luego comunicar con las autoridades de un determinado lugar, donde tomaremos tierra para repostar y dirigirnos a algún sitio concreto que, de momento, no puedo decirles.

—¡Esto es una infamia, un intolerable acto de bandidaje! — Rugió el hombre gordo otra vez, enrojeciendo de ira, y con el rostro brillante de sudor. Señaló a la azafata armada—. ¡Ni siquiera el personal de la compañía es digno de confianza! ¡Una mujer que no es ni siquiera de raza árabe, se mezcla con esos rufianes...!

—Señor, creo que se exalta sin razón —sonrió la azafata de TWA—. En primer lugar, no soy la auténtica azafata de a bordo. Y en segundo lugar, soy árabe, aunque usted crea que mi pálida tez no corresponde a mi raza. Está en un error, propio de su orgullo de creerse superior, al pertenecer a la raza aria, al pensar que los árabes tenemos que ser, forzosamente, muy oscuros o casi negros. Debería de saber que somos raza blanca, como usted mismo, por mucho que ello pueda molestarle.

Hubo breves risas entre los palestinos que nos secuestraban, y yo mismo tuve que sonreír entre dientes, ante la réplica aguda y breve de la falsa azafata que había logrado engañarnos a todos momentos antes, cruzando el avión con aire tranquilo, hacia la cabina de controles.

Miré atrás, de soslayo. No a los dos comandos de la cola, sino a las puertas de servicios. La primera mujer árabe, la que sí era de tez bronceada y oscuros ojos y cabellos, captó la dirección de mi mirada y esbozó una sonrisa divertida.

—Sí, señor —me dijo—. Acierta usted. La auténtica azafata está descansando allá detrás. No le sucede nada. Simplemente, duerme. Y dormirá sin molestar a nadie, hasta que pasen los efectos de la droga que le hicimos ingerir. No hemos venido a matar a nadie... a menos que nos obliguen.

No dije nada. Me limité a mirar a la muchacha que hablara. Una hermosa joven palestina. Una terrorista muy bella y atractiva. Sin duda tan peligrosa y decidida, como seductora en su físico. Una mujer temible, sin duda.

A mi lado, una dama de cabellos blancos, con un tenue velo sobre su rostro, descendiendo desde el borde de su sombrero

marrón oscuro, muy pequeño, parecía tan asustada que no podía despegar siquiera los labios para protestar, quejarse o llorar su temor. Observé que sus manos enguantadas se apretaban con fuerza sobre la rodillas. Me miró a través de su velo, y por fin escuché su voz, con tono apagado:

—¿Qué va a sucedernos ahora? —preguntó.

—No sé, señora —suspiré, mirando a nuestros cinco captores del comando palestino—. No lo sé. Creo que, en gran parte, nuestra suerte depende de nosotros mismos... y de lo que decidan los demás, cuando sepan que este avión ha sido secuestrado...

De momento, el vuelo continuaba inmutable en el azul salpicado de algodonosas nubes. Pero estaba seguro de que el rumbo ya no era el mismo que inicialmente llevábamos, hacia Tel Aviv, capital de Israel.

Sin duda, nuestro punto de destino iba a ser muy diferente, aunque no demasiado alejado geográficamente del inicial...

Fuese donde fuese, de algo estaba completamente seguro: no saldríamos de Oriente Medio. Sólo que... no sería la bandera azul y blanca, con la estrella de Sion, la que ondease en el aeropuerto donde nos acogieran con el reactor secuestrado... sino otra muy distinta, aunque ignoraba cuál...

El vuelo proseguía normalmente.

Acabábamos de repostar gasolina en aquel aeropuerto amplio, desolado, en el extenso páramo desértico, salpicado de lejanas palmeras. Unas pocas casamatas y barracones, circundaban las pistas de aterrizaje. El aire era seco y ardiente, y la arena se arremolinaba en torno, cegando en parte nuestra visual, a través de los polvorientos vidrios de las ventanas del avión.

Hizo calor mientras permanecemos en tierra, porque la refrigeración de a bordo, o no funcionaba bien, o no era suficiente para combatir las elevadas temperaturas externas, en especial al recalentarse el fuselaje bajo la acción directa del crudo sol africano.

Intenté en vano identificar el lugar. Podíamos estar lo mismo en Argelia que en Túnez o Libia. Había perdido en gran parte el sentido de la distancia y de la orientación, desde que tuvo lugar el secuestro, cuando sobrevolábamos el Mediterráneo.

Ahora, hubiera sido incapaz de saber dónde estábamos o hacia dónde nos dirigíamos. Tras la parada, que no llegó a prolongarse

más de cuarenta minutos, habíamos reanudado el vuelo hacia alguna parte.

A bordo, una conformidad hosca y malhumorada, había terminado por adueñarse de casi todos, ante lo irremediable. Los viajes de algunos de los secuestradores a la cabina de mandos de la aeronave se iban espaciando, sin duda para llevar un control riguroso de la situación entre los pilotos. El comandante del avión ya se había dirigido a nosotros por los altavoces, poco antes de aterrizar, para advertirnos que todo marchaba bien, dentro de la anormalidad, y que debíamos continuar nuestra actitud pasiva hasta llegar a un destino concreto, donde nuestra situación sería resuelta de forma positiva para todos los pasajeros, al margen de la suerte del propio avión. Pero insistió repetidamente en que una resistencia u oposición violenta a los comandos, podía provocar una catástrofe irremediable, y apelaba por ello a nuestro buen juicio.

Personalmente, no veía grandes posibilidades de hacer nada práctico para evitar el secuestro aéreo. Ni siquiera llevaba conmigo un arma, aunque hubiera servido de poco, ya que nos habían obligado a mostrar lo que teníamos encima, de un modo minucioso. Sólo el hecho de que los vuelos a Oriente Medio fueran poco adecuados para llevar armas encima, me habían evitado llevar conmigo mi pistola habitual.

Después de todo, ¿qué es un detective privado sin un arma de fuego? Hay quien dice que, prácticamente, es un hombre desnudo. Porque no todo lo que nos viste son las ropas.

Mi credencial había sido objeto de curiosa atención por parte de los comandos. Ahora, mientras el vuelo continuaba, se sentó a mi lado alguien, aprovechando que la dama de cabellos canosos y suave velo sobre el rostro, se había ausentado a los lavabos.

Miré a la persona que se acomodaba junto a mí. Era la morena, bronceína y hermosa guerrillera.

—Hola —la saludé irónico—. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —negó ella—. Pero puede fumar usted. No me molesta el humo.

—Muy amable —suspiré, haciendo caso de su permiso. Fumé en silencio, antes de mirarle de nuevo y añadir, al observar que ella seguía contemplándome—: ¿Le interesa algo mío en especial?

—Sí: su profesión.

—¿Mi profesión? —Enarqué las cejas.

—He leído que es usted detective privado.

—Cierto. Soy detective privado.

—¿En Inglaterra?

—En Inglaterra —asentí.

—Es una singular profesión...

—Sí, lo es. Pero uno termina acostumbrándose a ella y la encuentra natural y hasta vulgar.

—¿Vulgar?

—Bueno, no siempre —reí—. Pero para ello no hace falta ser detective. Aquí tiene lo que está sucediendo. A todos nosotros. No es precisamente vulgar. Y afecta por igual a un detective privado o a un viajante de comercio o una buena señora de setenta años de edad, rentista acomodada...

Reinó un breve silencio. Nos miramos ambos. Luego, la palestina miró al exterior, a través de la ventanilla. Sus ojos parecían ir lejos, mucho más lejos de aquellas nubes y los jirones de azul que envolvían el «Boeing 707». Quizá al desconocido punto de destino a dónde volábamos.

Yo hubiera dado algo por saber lo que esa mirada femenina ocultaba en su fondo. Pero era tan inmutable como una oscura noche en los desiertos de su mundo.

—¿Está preocupado? —me preguntó al fin.

—¿Preocupado? —Me encogí de hombros—. Algo, no mucho. Me preocupan los demás.

—¿Y no se preocupa por sí mismo?

—Lo natural. Mentiría si me las diese de héroe. Pero esto ha sucedido, y hay que aceptarlo. Creo que lamentarse o exasperarse, no conduce a nada. Vale más aceptar los hechos y ver hasta dónde nos conducen...

—¿Hasta dónde imagina usted? —Había cierta burlona curiosidad en su tono, cuando hizo un frunce sensual con sus labios gordezuelos, sin desviar sus centelleantes ojos oscuros y apasionados.

—Me gustaría imaginar algo... pero me falla la imaginación —reí, burlón.

—¿Tan poca tienen los detectives privados? —bromeó ella.

—A veces, resulta desolador admitirlo así —convine con tono

resignado—. Pero la verdad es que lo ignoro todo sobre su acción, y mi curiosidad profesional supera a toda otra posible emoción íntima. Quisiera saber mucho. Y no sé nada. Ni siquiera por qué han secuestrado ustedes este avión. Aunque imagino que todo conducirá a tenernos como rehén, a nosotros o al aparato, para exigir algo a algún país, en relación con sus camaradas del Al Fatah o cosa parecida...

—No me gusta hablar sobre cosas relacionadas con mi trabajo —replicó ella, secamente—. No hagamos elucubraciones sobre todo ello, se lo ruego.

—Muy bien. No diré nada más. Pero no podrá evitar que eso me preocupe interiormente. Si sólo retienen al avión, llegados a alguna parte en especial, será una simple cuestión internacional de tipo jurídico. Y yo no soy juez ni policía oficial. Pero si hay vidas humanas por medio, y el riesgo de posible sangre derramada...

—No nos gusta derramar sangre.

—A veces, aunque no guste, ello sucede. Siempre que se empuña un arma, puede suceder. No serán los primeros terroristas que llegan a ese extremo, aun sin proponérselo. Depende de una serie de factores, como la reacción de los rehenes, la de los países donde se hace escala, o la de aquellos que reciben la noticia de secuestro, usted lo sabe. Parece una chica inteligente, y con algunos estudios.

—En efecto. Estudié en Inglaterra, en su país —suspiró ella—. Pero eso no cambia las cosas. Actuamos por un ideal. Y hacemos lo que se nos ordena, sin detenernos a pensar en sus consecuencias. Siempre confiamos en que el buen sentido general facilite las cosas.

—El buen sentido, no siempre es general —suspiré.

Ella me estudiaba con una rara expresión curiosa. De repente, formuló otra pregunta, cambiando por completo el tema de nuestra conversación amistosa, vista con no demasiada aprobación por otros componentes del pasaje.

—Señor Kane, ¿por qué viaja usted en este avión hacia Tel Aviv? ¿Es un viaje profesional... o simple turismo?

—Podría decirle que es simple turismo —sonreí, frotándome el mentón—. Pero mentiría. Es un viaje estrictamente profesional. Y con un objetivo muy definido.

—Supongo que no puedo preguntarle, entonces, cuál es ese objetivo...

—Puede preguntarlo. Y no veo motivo para negárselo a un miembro de un comando terrorista —suspiré, clavando en ella mis ojos—. Mi viaje tiene una sola razón; detener a una persona, culpable de varios asesinatos.

CAPÍTULO II

Asesinato...

La palabra, evidentemente, sorprendió a mi accidental compañera de viaje que, un momento más tarde, se incorporaba, dejando su asiento a la dama de cabellos canosos bajo el velo, y de enguantadas manos, ostensiblemente nerviosas, apoyadas en sus rodillas sobre la oscura y larga falda.

Yo seguía con la mirada sus pasos, contemplando, pensativo, sus largas piernas, de firmes muslos, marcados por sus pantalones de pana muy ajustados. Calzaba botas montañeras y sus manos bronceadas apretaban con fuerza su arma de fuego. Era terriblemente femenina. Y, a la vez, tremendamente peligrosa...

Ella se había impresionado con la palabra. Hasta para una joven y bella componente de un comando palestino, la palabra «asesinato» sonaba fuerte. Resultaba curioso ese punto, la verdad.

Sin embargo, era lo cierto. Yo llevaba por misión la que le había confesado. Recordé lo que ella comentara al oírmelo decir:

—¿Detener a un asesino? ¿Usted... en Tel Aviv? Es territorio israelí. Y no creo que tenga autoridad legal alguna para semejante cosa...

La había mirado con divertida expresión. Mi comentario estuvo lleno de sarcasmo:

—¿Cree que me presentaré a la policía israelí, pidiéndole que me entreguen a determinada persona? Lo que haré es algo muy diferente: llegar a Tel Aviv, encontrar a mi hombre... y abandonar esa ciudad clandestinamente... con la persona a quién habré capturado.

—¿Un secuestro? —se asombró ella.

—Un secuestro —admitió, riendo—. Un acto ilegal, en territorio extranjero, cometido por un ciudadano inglés llamado Roger Kane. Cuando Tel Aviv quiera darse cuenta, el individuo secuestrado

estará en Londres... para responder de cuatro asesinatos.

—¡Cuatro asesinatos! —Se horrorizó ella—. ¿Políticos?

—Ni siquiera eso —le había explicado yo—. No es un crimen ideológico ni cosa parecida. Es más, no tiene usted ocasión de hacer ninguna apología: el hombre que se oculta en Tel Aviv, como un judío más, huyendo de un cuádruple delito de asesinato en Inglaterra... ni siquiera es judío.

—¿Qué dice? ¡Eso no lo admitiría Israel en absoluto!

—Por supuesto. No lo admite. Ocurre, sencillamente, que él finge ser judío, y ha logrado engañar incluso al propio gobierno de Israel. Eso le dará una idea de la clase de diabólica inteligencia que tiene nuestro hombre...

Sí. Todo eso era verdad. Ahora lo recordaba yo, mientras la bella palestina se reunía con su gente, allá en la cola del avión, y el vuelo forzoso continuaba su rumbo, hacía desconocido destino.

Todo era tan cierto, tan terriblemente cierto...

Un criminal repulsivo, despreciable; culpable de cuatro asesinatos en territorio británico. Definitivamente evadido de toda posible reclamación. En primer lugar, porque no existían pruebas ni evidencias contra él, de ningún tipo. En segundo lugar, porque era un hombre al margen de toda sospecha. Un ciudadano importante en Israel... sin siquiera ser israelí. Pero esto último, tampoco lo hubiera creído nadie, en un prohombre cuyo apoyo público a «su» causa semita era mundialmente célebre.

Ni siquiera sabía yo por qué acepté semejante caso. Sólo que allí estaba ahora, a bordo de un avión, lamentablemente alterado en su trayectoria por un grupo palestino de secuestradores aéreos. Ahora, Tel Aviv y su compleja misión, estaban más lejos que nunca de mi alcance.

Lo cierto es que había aceptado la desesperada tarea de buscar a un criminal astuto y peligroso como pocos, arriesgándome incluso a la posibilidad de que el gobierno de Tel Aviv me juzgara culpable de traición y espionaje, y me fusilaran sin más rodeos, tal como andaban las cosas en los frentes de Oriente Medio, con el problema petrolífero mundial por medio, y una inacabable guerra como única eventualidad admisible.

¿Quién iba a creerme si acusaba a aquel hombre de asesinato?
¿Quién admitiría que yo secuestraba a semejante personalidad por

motivos de simple justicia, al margen de los legalismos, para que pudiera responder ante tribunales británicos de una serie de pequeñas acusaciones que, a la larga, no ofrecían otro motivo que acosarle hasta demostrar su responsabilidad en los crímenes de que era culpable?

Ciertamente, nadie.

Ésa era la misión de Roger Kane, detective privado con domicilio en Marylebone, no lejos del famoso Museo de Madame Tussaud, y su escalofriante Cámara de los Horrores, en la que, sin duda, tendría sitio de honor, bien ganado, el tristemente célebre asesino de la granja Aldershot, al sur de Londres... en caso de ser probado su delito, y de ser conducido a la horca como culpable, siempre que la Justicia británica se dignase confirmar los rumores sobre la reimplantación de la pena capital.

Eso es lo que movía a un hombre llamado Roger Kane a volar hacia Tel Aviv, desde las brumas londinenses. Londres-París-Roma-Atenas-Tel Aviv, era la ruta elegida. Ahora, no podía saber cuál era la que seguíamos, ni hacia dónde...

Yo era Roger Kane, detective privado. El hombre a detener en la ciudad israelí donde se alojaba el gobierno del país, alguien demasiado importante para que dudasen de su falsa identidad semita.

Porque, después de todo, ¿quién va a dudar de que sea israelita un hombre que, en el propio Israel ocupa el cargo de... jefe de la Misión Judía para Occidente?

Ése era mi hombre. Su nombre, Tobey Jordan...

—¿Tobey Jordán? —Había sido mi pregunta, no exenta de sorpresa, allá en el despacho londinense, con la panorámica del Támesis y las oscuras paredes, sucias y húmedas, del Parlamento, al fondo del paisaje visible.

—Eso es —afirmó mi interlocutor—. Tobey Jordán en persona.

—Un momento —alcé mi mano con energía, mientras el Big Ben empezaba a desgranar los cuartos para la hora en punto, que eran las cuatro—. No soy un experto en cuestiones semitas, pero Tobey Jordan figura últimamente en muchas portadas de publicaciones ilustradas de actualidad. Parece que ha sido un gran mediador en los problemas bélicos de Oriente Medio y que la Misión Judía para Occidente, radicada en Tel Aviv, ha logrado maniobras diplomáticas

de considerable éxito en lo relativo a prisioneros de guerra, aprovisionamientos, actividades de la Cruz Roja y ciertas acciones a nivel de cancillería, en algunos gobiernos europeos.

—Exacto. Hablo de la misma persona que ha visto usted en todas esas publicaciones, señor Kane —me confirmó sorprendentemente mi interlocutor.

—Temo no entender bien las cosas. ¿Es ese hombre quién debe ayudarme a localizar el culpable... o...?

—No, no. Él no le ayudará en nada. Porque él es el culpable, me entendió perfectamente, Kane.

Traté de asimilar la información. Un importante diplomático, un funcionario importante de Tel Aviv... culpable de asesinato. Y de aquel asesinato...

—Pues aun así, no lo entiendo, señor Sloane —confesé—. Un hombre tan importante, tan destacado en la política y en la sociedad israelita...

—Él miente. No es israelita siquiera. Pero en Israel creen que sí.

—¿Se puede engañar a Israel en ese sentido? —dudé.

—Por lo general, no. Jordan lo ha logrado. Es un perfecto demonio de astucia y maldad, uno de los hombres más listos del mundo.

—¿No hay posibilidad de error por su parte, señor Sloane?

—Ninguna —suspiró él—. Soy israelita de los pies a la cabeza. Y sé lo que digo.

—Usted tiene posición, fortuna, prestigio... ¿No puede denunciar la superchería a Tel Aviv?

—Se reirían de mí. Jordan está infinitamente más firme que yo. Su posición es sólida, sin fisuras. Acusarle, sería golpearse contra un muro. Y poner en peligro a mi sobrina.

—¿Su sobrina?

—Dahlia Sloane. Vive en Tel Aviv. No puedo arriesgar su vida. Jordan disolvería toda acusación como si fuese un azucarillo en agua. Tiene poder e inteligencia. Y dinero, y recursos...

—Usted acaba de decirme que mató... a cuatro personas... A sangre fría...

—Es la realidad. ¿No me cree?

—Es usted mi cliente, señor Sloane —confesé mirando al hombre de ojos redondos, pelo rojizo y nariz indudablemente

semítica, proyectando su sombra ganchuda sobre la boca larga y apretada—. Debo creerle, por muy difícil que me resulte.

—Me ha costado años averiguar lo que sé —suspiró Sloane—. Si lo hubiera sabido antes, Jordan hubiera pagado su horrible crimen. Pero ha sido ya demasiado tarde. Escaló una posición privilegiada, a fuerza de astucia, falta de escrúpulos y decisión. Nadie podría descubrir que no es de raza semita. Se ha creado una genealogía, un origen, una serie de datos, informes y referencias aparentemente sólidos y a toda prueba, que nadie puede destruir.

—Si no puede hacerse en Tel Aviv, ¿se podría conseguir en Londres? —dudé yo, aquella brumosa tarde en Londres, que ahora parecía tan lejana en el recuerdo, mientras volaba el «Boeing 707» a través de la luminosidad ardiente de las costas africanas.

—El hombre capaz de identificar a Jordán como asesino, cumple condena en Dartmoor. No se puede conseguir ese careo sino aquí, en Londres. Él nunca aceptará reconocer una fotografía o cualquier otra cosa. Necesita ver directamente a Jordan, según ha dicho. Y no me pregunte por qué. El recluso se niega a revelar ese punto, pero insiste en que sólo cara a cara, personalmente, sabrá si el hombre en cuestión es el asesino que buscamos.

—Hasta ahora, señor Sloane, sólo sé de un asesino y de un cuádruple crimen. Y de un hombre encarcelado en Dartmoor. Y de una falsa identidad en Tel Aviv. Pero todo eso... ¿qué sentido tiene, exactamente? ¿Cómo voy a conocer la historia completa? —me interesé.

Irving Sloane me contempló fijamente y se limitó a responder:

—Ahora mismo, Kane. Y con todo detalle...

Y comenzó su relato.

Algo sucedió a bordo.

Eso me arrancó de mis recuerdos en las nieblas vespertinas de mi ciudad, a la orilla del viejo y querido Támesis.

Volví a la realidad. Al presente, inmediato y opresivo, con toda su tremenda carga de tensión latente...

—¿Qué es lo que ocurre? —indagué, casi con sobresalto.

A mi lado, la dama de ropas oscuras y cabellos canosos, de rostro medio velado por el tejido tenue y translúcido de su velo, me contempló con azules ojos angustiados. Observé sus manos, delgadas, esbeltas y pálidas, suavemente rugosas por los años,

crispándose con angustia sobre la falda.

—Dios mío... —musitó entre dientes—. ¿Qué va a pasarnos ahora?

—Espero que no sea nada peor... —jadeé con voz ahogada, arrugando el ceño y tratando de mirar al exterior para ver algo.

Era un imposible. Las nubes nos envolvían ahora por completo. Sólo supe que el aparato daba bandazos, que la estabilidad a bordo era precaria, y que el bamboleo había puesto en los rostros de todos una repentina tensión y alarma.

Incluso en los guerrilleros palestinos, lo cuál era más inquietante.

Hablaron entre sí en árabe, velozmente. Uno corrió hacia la cabina de control, para averiguar lo que sucedía.

Los pasajeros, aterrorizados, observaron que los bandazos continuaban con creciente violencia y que algo fallaba a bordo de modo peligroso para todos. Fuese ello lo que fuese, era tan desconocido para los viajeros como para sus raptores.

—No se muevan, no pierdan la serenidad —avisó el jefe del comando—. Sea lo que sea lo que está sucediendo, será subsanado inmediatamente. Y les garantizo que no somos responsables de ello en absoluto.

—¡Son responsables de todo lo que está sucediendo, puesto que su acto de bandidaje es el que ha provocado esta situación! —aulló con voz iracunda el eterno descontento, el viajero gordo y teutón.

El árabe le miró con fría ira. Sus palabras sonaron tajantes:

—Será mejor que se calle, señor —avisó—. Empiezo a perder la paciencia con usted.

—¿Y qué hará cuando la pierda del todo? —insistió el otro, exaltado—. ¿Asesinarme, tal vez?

—Tal vez, señor —afirmó secamente el terrorista, haciendo funcionar el cerrojo de su arma.

Una repentina palidez se extendió por la ancha faz sudorosa. El hombre rubio y fofo vaciló, con ostensible inquietud. Su valentía se evaporó como por ensalmo, y cayó de nuevo en su asiento, con un ronco jadeo.

—Parece que falla un reactor —comenté con voz fría, de repente.

El jefe del comando me buscó con la mirada. No reveló emoción

alguna en su enjuto rostro moreno.

—Es posible —convino—. Nadie, sin embargo, ha dañado el avión. Será un fallo mecánico, una simple desgracia casual.

—Resulta bastante rara para eso, ¿no cree? —Hice notar secamente—. No creo en las casualidades.

—Tampoco yo —masculló el guerrillero, ceñudo. Miró hacia la puerta, por la que había desaparecido su subordinado. Éste volvía ya, mientras otro del grupo secuestrador se internaba en la cabina de mandos. Le preguntó algo en árabe. El otro no contestó. Yo entendía algo de su lengua. Supe que se confirmaba mi teoría. El jefe del grupo me miró nuevamente, con aire preocupado.

—Es eso, ¿verdad? —Sonreí.

—Sí —apretó los oscuros labios, irritado—. El comandante dice que no sabe nada. Tampoco el copiloto. Revisaron los reactores en tierra, cuando repostamos. Todo iba bien.

—Tal vez, al tiempo de revisarlos, averiaron alguno —sugirió de repente la muchacha guerrillera, la que no vestía de azafata—. Es una posibilidad...

—En efecto, lo es —admitió con ira el jefe—. Zara, esa gente no vio con buenos ojos nuestro aterrizaje de emergencia. No quisieron ayudarnos, salvo utilizando las amenazas para persuadirles. Es un país que no quiere saber nada de nuestras reivindicaciones, pese a decirse buen amigo de la causa árabe... Si han hecho eso, es un acto más criminal que el nuestro. Podemos irnos abajo...

—El comandante puede tomar tierra, si así lo considera oportuno —señalé gravemente—. Eso salvará sus vidas y las nuestras. Tal vez era todo lo que buscaron al manipular ese reactor.

—No pensaron que, posiblemente, yo me niegue a cualquier aterrizaje forzoso —masculló él—. Con todas sus consecuencias, por supuesto.

Era obvio lo que significaban sus palabras. Para unos componentes de un comando palestino, la muerte era un riesgo admitido de antemano. Para nosotros, morir estúpidamente a bordo de un avión secuestrado, era una posibilidad muy desagradable.

Los bamboleos del aparato aumentaron gradualmente. Mi incómoda sospecha era que también aumentaba la gravedad de la avería. Si el comandante no podía mantener la estabilidad del reactor, sucedería la peor de todas las posibilidades imaginables.

Esta vez, fue el propio jefe quién se encaminó a la cabina de mandos. Los demás nos encañonaron con sus armas, no sé si para recordarnos que era mejor permanecer quietos, o para mantener una cierta serenidad a bordo, bastante necesaria en estos momentos.

—¿Cree que nos estrellaremos? —preguntó débilmente mi compañera de asiento.

Miré a la dama canosa y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No lo creo —dije, y hubiera querido estar tan convencido como aparentaba—. Encontrarán un medio de resolver el problema, no hay duda. En caso contrario, aterrizaremos en alguna parte, estoy seguro.

—¿Usted cree? —dudó ella, agriadamente.

—Debo suponerlo así —miré entre las nubes, que se disipaban en parte, y un nuevo bamboleo puso ante mis ojos, al otro lado de la ventanilla, una amplia y desértica extensión allá abajo, una geografía seca, árida, montañosa y salpicada de palmeras en la distancia. Comenté algo esperanzado—: El terreno es idóneo para tomar tierra. Hay grandes extensiones llanas, sin accidentes.

—Tiene que haberlas, señor Kane —oí hablar a mis espaldas. Giré la cabeza; era la guerrillera quien respondía a mis palabras—. El avión parece que sufre más de una avería. Nos hemos desviado del vuelo previsto. En vez de dirigirnos a Kuwait, hemos sufrido últimamente una desviación notable... y estamos sobrevolando la Península del Sinaí. ¿Usted entiende lo que eso significa?

Me estremecí. Claro que lo entendía.

Sobrevolando el Sinaí. Una tierra que antes fuera egipcia. El avión secuestrado por los árabes, sobrevolaba las tierras que ahora, desde la «Guerra de los Seis Días», pertenecían a Israel.

Eso significaba que, bajo ningún concepto, tomaríamos tierra. Antes de descender y caer en manos israelíes, los guerrilleros procederían a volar el avión, con todos nosotros dentro.

CAPÍTULO III

—Sí —afirmó calmamente el jefe del grupo—. Me temo que es lo que tendremos que hacer, señor.

Ni siquiera tuve fuerzas para pestañear. La sencillez con que admitía aquel hombre la posibilidad del holocausto total, era aterradora. Pero no me sorprendía en absoluto. Era algo que debía aceptar como natural en su actitud.

—¿No existe salida posible? —sugerí, preocupado.

—Me temo que ninguna. La avería no tiene reparación posible en el aire. Es más, el desequilibrio del aparato aumenta, sufrimos pérdida de combustible, y el comandante está seguro que nunca llegaríamos, no ya a Kuwait, sino ni siquiera a Jordania o a la Arabia Saudí. Y eso que Jordania sería igual o peor que el Sinaí. Allí no estamos bien mirados los palestinos, usted lo sabe.

Asentí. Estaba hablando con él aparte de los demás viajeros, en una especie de conciliábulo que había solicitado, y que fue concedido con cierto recelo. Su contundente arma de fuego se interponía, rígida, entre ambos. No se fiaba de nadie. Y eso también formaba parte de su credo.

—El Sinaí es muy amplio —señalé—. Y las tropas israelíes no son abundantes. No pueden dominar todo el territorio. Supongo que estarán acantonadas en los enclaves estratégicos para controlar la península, pero eso será todo. Ha de haber alguna zona a la que los soldados judíos no lleguen fácilmente en un período de horas...

—Disponen de una buena artillería y una formidable aviación —rechazó con aspereza el palestino—. Podrían llegar en muy poco tiempo, apenas detectaran nuestro descenso.

—¿Y tienen que detectarlo, forzosamente? —comenté con sequedad.

—Hay un noventa por ciento de posibilidades de que sea así —suspiró el guerrillero—. Saben que un avión de la TWA

norteamericana ha sido secuestrado y desviado. Tel Aviv estará alerta. Nos buscarán. No es difícil detectar nuestro vuelo.

—Comprendo. Pero seguir volando significa esperar simplemente la caída fatídica en el golfo de Akaba, o quizá en el propio Sinaí, antes de abandonar su cielo...

—Más o menos, ésa es la situación —convino él gravemente.

—¿Van a sacrificarnos a todos, sacrificándose ustedes a la vez?

—Ése es asunto mío exclusivamente. Me pidió usted hablar sobre ésa avería. Ya se lo he concedido. El hecho de que no sea usted judío, no significa que deba concederle privilegios. Después de todo, es detective y vuela hacia Israel. Puede ser un agente al servicio del sionismo, señor Kane. Mi subordinada Zara cree que no, pero yo no soy tan crédulo como las mujeres. Le ruego que se siente. Hemos terminado la conversación, señor.

—Sí, entiendo —asentí, mirando sus armas, su gesto cauteloso, que hacían tan inalcanzable como un planeta la sola posibilidad de sorprenderles y reducirles. Me dispuse a volver a mi asiento, dócilmente.

Entonces sucedió algo más a bordo. Estaba siendo un viaje muy poco rutinario, la verdad. El grito de mujer, me confirmó que otro incidente aumentaba el dramatismo de la situación en las nubes, sobre el Sinaí...

Era mi compañera de asiento, la dama de blancos cabellos.

Se agitaba, convulsa, en el asiento. Sus manos se crispaban, desesperadas, en el aire. Como dos débiles garras pálidas, tratando de arañar el vacío... Ya algunos viajeros bajo control de las armas palestinas, se precipitaban sobre ella, para auxiliarla. Y por cierto que parecía necesitarlo urgentemente, aunque ignoraba yo la razón en ese instante.

Traté de ser útil también, y corrí hacia mi asiento. Un hombre alto, fornido, pelirrojo, me apartó, anticipándose.

—Perdone —dijo en un tono grave autoritario, utilizando un inglés mediocre, influenciado por su indudable dicción francesa—. Soy médico... *Docteur* Malgré...

Le dejé actuar. Se limitó a un examen rápido de la dama. Alzó la cabeza, alarmado, y solicitó su plana y pequeña valija portátil. Los guerrilleros accedieron, aunque no sin antes examinar su interior: contenía fármacos y jeringuillas hipodérmicas.

—Es un colapso —dijo el médico francés secamente, aplicando una inyección urgente a la dama—. El corazón... Si no es atendida pronto en un hospital, morirá sin duda.

—¿A qué le llama usted «pronto», doctor? —Silabeó con tono hosco el guerrillero.

—A unas pocas horas, no muchas —hizo un cálculo rápido—. No más de cuatro o cinco, como máximo. En caso contrario, puede fallecer. Sólo le he aplicado un estimulante y un calmante. Ahora descansará, pero siempre en peligro de que se produzca el infarto...

—Lo siento, doctor. No puedo hacer nada.

—¡Tiene que hacerlo! —protestó él—. Es una vida humana... Sería como asesinarla.

—Doctor, debajo de nosotros hay soldados israelíes que nos capturarían y, posiblemente, condenarían a muerte, si tocamos tierra en el Sinaí. Verá que no tenemos mucho donde elegir, siendo culpables de un acto de piratería aérea.

—Si salvan una vida, es posible que su delito sea considerado de muy distinto modo —señalé, pensativo, sin quitar mis ojos de la dama inconsciente.

—No en Israel, señor Kane —replicó con viveza el guerrillero.

No supe qué decirle. Pero el médico tenía razón. Dejar morir a aquella mujer, era como permitir que se cometiera un asesinato a sangre fría. Me pregunté dónde habría un hospital, allá en los desiertos y oasis del árido Sinaí.

—Sobrevolamos ahora el oasis de Feran y la carretera de Nuweba a Abu Zenima —explicó Zara, tras mirar por la ventanilla y consultar una carta geográfica de la península del Sinaí—. A no muchas millas, está el monasterio de Santa Catalina. Y también los pozos petrolíferos de Om Chomar. Allí había un hospital egipcio, que los israelíes ocuparon durante la guerra, respetando su condición aunque militarizándolo...

—Calla —cortó secamente su jefe, revolviéndose hacia ella—. No aterrizaremos.

El avión se bamboleó de nuevo. La guerrillera azafata, de pálida piel, asomó en la puerta de la cabina delantera, con expresión preocupada. Dijo algo en árabe, a su jefe. Yo la entendí muy bien:

—Sólo queda combustible para media hora. No se puede sobrevolar el golfo de Suez, para volver a Egipto. Ni tampoco

cruzaremos el golfo de Akaba.

Eso significaba estrellarse mortalmente en el mar o en tierra. Miré al jefe del comando. Y él a mí, sabiendo que había entendido. Sus ojos negros eran dos pozos insondables y duros.

—No me pida nada —masculló—. Será lo que quiera Alá.

Supe que no había solución. La muerte era nuestro destino.

Abajo, el desierto se extendía hasta las estribaciones, aún lejanas, pero visibles ya, de Santa Catalina, con su monasterio cristiano y su mezquita árabe, señal de vieja confraternidad y tolerancia del Islam y de la Cristiandad. Oasis, carretera secundaria, cercanos pozos petrolíferos, un hospital militar israelí... La vida para una persona que podía expirar en cualquier momento.

Pero en realidad, no estábamos menos en peligro los demás, aunque nuestro corazón funcionara perfectamente.

El jefe del comando se aproximó a la dama de cabellos canosos. Alzó su velo levemente, observando su lividez, su respiración apagada, irregular...

De repente, se volvió a su gente.

—Dad la orden de aterrizar —dijo secamente—. Ahora mismo, en ese desierto.

Todos le miramos con incredulidad. Nosotros, e incluso su gente. El guerrillero insistió, tajante, con enfática autoridad:

—¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡Dad la orden al comandante de a bordo!

Íbamos a tomar tierra. Una vida humana en peligro, había sido el factor decisivo para aquel acto humanitario de nuestro captor.

—Gracias —me limité a decir.

Él la miró. Dio media vuelta y se acomodó en su asiento, sin respuesta alguna.

Desierto.

Desierto por doquier. Desierto por todas partes, por todos los puntos cardinales, allá por donde abarcase la vista.

Cierto que a distancia, los promontorios pedregosos, ásperos, casi deslumbradores al sol, de Santa Catalina, ofrecían una sinuosidad, una elevación, algo abrupto que rompiese la desértica monotonía. Y en aquellos peñascos, brezos y palmeras, formando manchas parduzcas. Eso era todo.

Y en medio de todo eso... nosotros.

Nosotros y un avión que centelleaba bajo la luz del sol, como un pájaro de plata, inmovilizado sobre el suelo. El «Boeing 707» aparecía reducido a su absoluta incapacidad técnica. No podía emprender el vuelo. No podía remontarse desde el árido suelo candente del Sinaí. Estaba vencido, abatido, pese a la grandiosidad de su fuselaje, de sus reactores, de aquel pomposo enlace de las tres siglas americanas: TWA.

—El antiguo hospital Luna del Islam, dista todavía de aquí cuarenta millas —dijo con tono enfático el guerrillero palestino que capitaneaba el comando, y cuyo nombre yo seguía ignorando por completo—. Señor Kane, ¿qué medio se le ocurre de trasladar hasta allí a la paciente?

Cambiamos una mirada el doctor Malgré y yo. Meneó la cabeza negativamente:

—No —murmuró—. Es imposible. No resistirá dentro de ese avión cuando hayan transcurrido dos horas: la temperatura, la sequedad interior... y la exterior, por supuesto...

—Hay un oasis cerca —comentó Zara, tras consultar de nuevo su carta geográfica—. En Feran Oriental... Es pequeño. No consta en muchos mapas. Pero está allí. Casi siempre hay nativos, dromedarios, animales de tiro...

—No bastan —negué—. Sería un viaje lento y difícil. Pero alguien podría ir desde allí, en busca de auxilio más rápido. ¿No habrá algún vehículo rodado en Santa Catalina?

—Sí —convino Zara—. El monasterio... Al menos hay dos *jeeps*: uno pertenece al fraile cristiano que mora allí. Otro, al religioso árabe... el de la mezquita.

—No sigas —cortó su jefe, tajante—. ¿Quién puede llegar hasta Santa Catatina?

—Yo mismo —me ofrecí—. Si alcanzo ese oasis, puedo pedir ayuda. ¿Dista mucho de aquí?

—Sólo tres millas de desierto —me miró el jefe del comando, reflexivo—. ¿Cree que lo soportará?

—Yo, sí —afirmé. Y añadí, con una mueca—: Siempre que me dejen libre, claro está.

—Alguien ha de salir de este infierno —refunfuñó el palestino, enjugándose el sudor de un manotazo, y contemplando con disgusto el sol que parecía verter fuego líquido sobre toda la península del

Sinaí—. Vaya, señor Kane. Nos quedamos los demás. Son mis rehenes, no lo olvide. Usted puede quedarse en el lugar adónde llegue. E incluso unirse a los israelíes. Pero no olvide que hay otros que responden con su vida. Dígaselo a ellos, si gusta.

—Supongo que debo hacerlo —miré al avión, que centelleaba bajo el sol de infierno—. ¿No va a hacer algo, entretanto, por esa mujer? Si ella se queda ahí dentro, morirá. En menos de una hora, ese avión será un auténtico horno...

—Conforme —admitió a regañadientes el guerrillero—. Haré algo por todos: van a salir en grupos de seis. Se irán situando en ese punto, junto a las rocas. Zara tenderá unas telas, empapadas en agua del depósito del avión. Se les mojará a ellos todo lo posible, para evitar la deshidratación. En cuanto a la señora... ¿sabe alguien cómo se llama la enferma?

El doctor Malgré consultó algo que llevaba consigo; vi que era un documento de identificación de la mujer accidentada. Leyó, con sequedad:

—Su nombre es Ashton. Señora Jane Ashton, de ciudadanía británica. Pasaporte inglés. Este documento suyo es de un equipo de sanidad inglés. Dice que padece un mal cardíaco, propenso a los infartos en clima extremadamente seco, y bajo ciertos influjos emocionales. Es obvio que estamos ante un caso de esa naturaleza, bien concreto. Mi consejo como médico, es que debería ser evacuada en el acto. Y, por supuesto, el señor Kane no puede llevarla por sí solo. Precisaré a alguien más, que le preste auxilios médicos por el camino, en caso de riesgo extremo. Y que le ayude a llevar una camilla, lo más rudimentaria posible.

—Doctor Malgré, creo notar por sus palabras su decidido afán de compartir la libertad que, generosamente, he otorgado al señor Kane, dadas las circunstancias —señaló con dureza el jefe del comando.

—Se equivoca totalmente, señor —replicó el médico francés con dignidad—. Lo que solicito es, precisamente, que alguien con capacidad para ayudar al señor Kane en esa tarea durante esas millas de desierto, y a la espera de un *jeep* o de otro medio razonable para llevar a la señora Ashton a un centro sanitario, haga el viaje con él. Yo le dejaré píldoras e inyecciones adecuadas, y un somero cuadro de instrucciones de emergencia. Sé que esperar la

presencia de un médico o un enfermero o practicante entre el pasaje sería demasiado pedir. Pero eso resolvería la situación satisfactoriamente.

—No, doctor —sonrió fríamente el palestino—. Puede irse. Usted es la persona adecuada para el caso. No me duele dejarle en libertad.

—Es que no acepto esa libertad, señor —fue la objeción del médico, llena de energía y arrogancia—. Puedo ser mucho más necesario aquí, entre ustedes. Hay más gente, y la situación es particularmente adversa. Hará falta todo mi equipo y toda mi pobre ciencia para cuidar de muchos de ustedes en las próximas horas.

—Entonces, doctor, ¿qué sugiere? —se desorientó el palestino.

—Ya se lo dije: alguien que pueda ser mi auxiliar. Pero nadie ha declarado ser enfermero o médico a bordo, cuando sucedió lo de la señora Ashton...

—Yo lo soy —dijo impulsivamente Zara.

Todos miramos a la joven y hermosa palestina. También su jefe, pero con evidente aire de reproche. Hubo un silencio. Zara se mantuvo inmóvil, muy abiertos sus grandes ojos oscuros.

El jefe del comando habló luego, con frialdad:

—No, Zara. Te necesito aquí. Sé que podrías hacerlo, pero no lo autorizo. Y no permitiré que lo haga mujer alguna. Doctor, deberá elegir entre el pasaje. Pregunte e indague. Un hombre acompañará a Kane en ese viaje. Los demás, preparen entretanto una camilla y un toldo. Es todo lo que les pido.

—Muy bien —aceptó Malgré—. Yo me ocupo de eso, señores. Usted, Kane, deje todo a punto. Y mucha suerte. Para usted, y para la señora Ashton.

No se habló más. Todo urgía ahora. Una vida humana, cuando menos, estaba en precario peligro. Todos nos dábamos cuenta de ello.

Era curioso en lo que había ido a desembocar un simple viaje profesional, rumbo a Tel Aviv, para dar con un presunto asesino evadido de territorio británico, y oficialmente al margen de toda posible acusación. Ahora, bajo el áspero y ardiente sol del Sinaí, en tierra de petróleo y de sangre, de violencia y de odios ancestrales, Tobey Jordan me parecía tan lejano e inaccesible como un lejano astro fundido en las brumas luminosas de las galaxias.

Como prometiera el jefe del comando palestino, empezó la evacuación del «Boeing 707» de TWA, pocos minutos más tarde. Cuando ya sus subordinados habían extendido un toldo húmedo encima de las arenas candentes del Sinaí; cuando el avión empezaba a ser un horno infernal, en el que el aire parecía llamear.

Primero, salieron la señora Ashton y un hombre alto, enjuto, fuerte, de oscura tez. Tras él, aquel hombre gordo y rubio, de fofa cara sudorosa, protestaba por algo a voces. El jefe del comando se limitó a decirme:

—Ese hombre es Josuah Goldwyn —dijo escueto—. Israelí; no es médico ni enfermero, pero estuvo de sanitario durante la Guerra de los Seis Días, en El Golán. Puede servirle.

—Sí —admití. El judío y yo nos miramos—. Valdrá, estoy seguro. Gracias, señor.

—Utilice mi nombre —sonrió el árabe—. No va a perjudicarme mucho que se sepa en el mundo dentro de pocas horas. No más de lo que pueda perjudicarme ya todo lo sucedido... Me llamo Ben Fayid.

—Hasta otra, Ben Fayid —sonreí a mi vez, agitando mi mano, mientras la señora Ashton era puesta en la improvisada camilla, y otros seis viajeros salían del «Boeing», bajo el control de las armas árabes, situándose agrupados bajo el toldo húmedo, que pronto sería secado por el sol.

No sé por qué, mis ojos se cruzaron con los oscuros y refulgentes de Zara. Nos sonreímos mutuamente. De un modo breve, fugaz, casi clandestino. Ella estaba a un lado. Mi compañero, Josuah Goldwyn, a otro. Yo, a ninguno, los seres humanos podíamos sentirnos por encima de todas esas divisorias, según las circunstancias. Ésta podía ser una de esas veces.

—Adiós —me dijo ella—. Suerte, señor Kane...

—Adiós, Zara —respondí—. Deséasela toda a la señora Ashton... Yo, me limitaré a deseártela a ti...

Posiblemente era la última vez que nos veíamos en la vida. Era una pena. Mujeres como Zara, fuesen árabes o israelíes, fuesen del lugar que fuesen de este mundo, no deberían ser guerrilleras. Ni empuñar otra arma que su propio encanto femenino. Pero así era nuestro mundo actual y así había que aceptarlo, evidentemente. Aunque ni árabes ni judíos tuvieran la culpa de nada. Aunque

fuesen otros los que les empujaron a esto, como había sucedido antes en el Congo, en Biafra, en Vietnam, en tantos otros lugares de la geografía mundial, donde los hombres se mataban por intereses ajenos...

Goldwyn y yo teníamos preparada la camilla, con la inconsciente señora Ashton en ella. Comenzamos la marcha, en la ruta señalada por los propios guerrilleros palestinos. Uno de ellos, el que habitualmente acompañaba a la joven y falsa azafata de la piel pálida, nos había entregado una pequeña brújula. Podía sernos útil, y la aceptamos.

Apenas se inició la marcha, y el tercer grupo de viajeros, en número de seis, cruzaba el desierto hacia el toldo húmedo que les protegería del calor y la deshidratación... sucedió lo increíble.

El desierto tembló bajo mis pies. La luz se hizo más cegadora que la del propio sol, antes de que el negro nubarrón se levantara, tempestuoso, entre la conmovida arena. El estruendo fue como si toda una batería israelí, simultáneamente, nos hiciera objeto de su descarga mortífera. O como si un *missile* hubiera reventado trágicamente entre nosotros.

Cuando giré la cabeza, angustiado, sintiendo que la camilla y el propio Josuah Goldwyn me acompañaban en mi caída por la arena, sólo pude ver el instante en que el «Boeing 707» de TWA saltaba en mil pedazos por el aire, con muchas vidas humanas dentro todavía de su plateado fuselaje, convertido ahora en desgarrado cráter metálico...

CAPÍTULO IV

El silencio es siempre más terrible y profundo cuando sigue a un cataclismo.

Un terremoto, un tifón, o la misma bomba atómica que la compasiva raza humana arrojó sobre sus propios componentes en un lejano día de la Historia, debían dejar tras de sí un parecido vacío de sonidos sobre el escenario del horror desencadenado.

No era una situación muy diferente la de ahora.

Llamas, metales retorcidos y negruzcos, una polvareda acre y violenta, era todo lo que quedaba del formidable reactor detenido en medio del desierto. El fuego crepitaba, de modo áspero, y el aire olía a materias quemadas, acaso a carne humana entre ellas...

—Dios mío... —musité, pegado a la arena, tras recibir el brusco golpe contra ésta—. Dios mío... Al menos había sesenta personas con vida dentro de ese avión...

Bastaba un simple cálculo: tres tandas de seis, los cuatro guerrilleros fuera del aparato... y nosotros. Un palestino quedó dentro, vigilando a pasajeros y tripulantes. Éstos y el pasaje... eran ahora simples cenizas humanas, entre las llamaradas.

—Es horrible... —musitó, lívido, mi compañero de viaje.

Miré a Goldwyn, asintiendo. Tenía la boca seca. Sólo por puro instinto me volví y presté atención a la señora Ashton. Apenas si había girado un poco sobre sí misma, sin salirse de la camilla, caída en la arena. Su estado parecía normal, dentro de la gravedad.

Sin embargo, aquella pobre gente del «Boeing»...

No sé cómo, nos encontramos corriendo hacia el lugar del siniestro increíble. Apenas si hizo falta mirar entre los desgarrados fragmentos de metal. Cuerpos ennegrecidos, retorcidos, a veces destrozados, mutilados o dispersos en pedazos, aparecían entre las llamas, pero como simples pavesas que se retorcieron en el fuego. Nadie hubiera podido hacer nada por ellos. La explosión había sido

devastadora.

—Asesinos... —jadeó roncamente mi compañero Goldwyn—. Ellos debieron poner algún artefacto a bordo... o su compinche perdió la serenidad y arrojó una granada...

Se volvió hacia Ben Fayid, Zara, la chica pálida y el cuarto guerrillero. Sus armas nos encañonaron. A nosotros y a los reunidos, en aterrado racimo, bajo el toldo húmedo.

—No hagan nada —silabeó el jefe del comando—. No lo intenten, o me obligarán a disparar, sin contemplaciones. ¡Y lo haré a matar!

Era un cuadro patético y terrible. Nosotros a un lado, los demás viajeros a otro, la señora Ashton en la arena, perdiendo minutos preciosos con su corazón al borde de la muerte... y los guerrilleros con sus armas de fuego, prestos a vomitar metralla, tras el terrorífico estallido del avión secuestrado, en pleno desierto del Sinaí...

—De modo que fue cosa suya, ¿eh, Ben Fayid?

Era yo quien acusaba. Yo quien dirigía aquellas incisivas palabras al hombre que llevaba el mando en el grupo palestino. No esperé respuesta. Si acaso alguna nerviosa y mortífera ráfaga de su fusil contra mi persona, por parte de alguno de los excitados terroristas.

En vez de eso, el jefe palestino giró la cabeza. Su mirada me taladró.

—Es inútil que le diga que no sé lo que ha sucedido —masculó—. Mi subordinado no llevaba granada alguna. No pusimos ningún explosivo a bordo. No entiendo lo que pasó, pero no fue culpa nuestra. Acaso el depósito de combustible, la avería...

—Dudo que una avería de ese tipo, una vez parados los reactores, produzca una explosión semejante —replicó el rubio gordinflón, lívido—. Pudo haber sido el sol, pero no llevamos tiempo suficiente aquí para una reacción semejante... ¡Ustedes debieron hacerlo estallar! Será inútil cuánto diga. Un tribunal les ahorcará a todos, por asesinos...

—Herr Haupman —le llamó por vez primera Ben Fayid por su nombre—: Muchas veces le dije que callara, por no oír sus estupideces. Ésa es la mayor de todas. Si realmente quisiéramos que nadie hablara de esto alguna vez, si comparecemos frente a un

tribunal israelí o de cualquier otro país no árabe... ¡les coseríamos impunemente a balazos a todos! Y no es algo que pensemos hacer, contra lo que usted piense. Ahora, señor Kane, será mejor que siga su camino con el señor Goldwyn. Lleven a la señora Ashton a salvo. Luego... veremos lo que sucede con todos nosotros. De momento, ocurra lo que ocurra respecto al «Boeing»... los supervivientes son nuestros rehenes, no lo olvide al hablar con el personal del Hospital Militar Cruz de David.

—No lo olvidaré —dije, limpiándome las ropas de arena. Me incorporé cansadamente, tras una última mirada al horno crematorio de cadáveres humanos en que se había convertido nuestro reactor—. Pero sigo pensando que el combustible no pudo estallar por causas naturales o de simple avería. Ha tenido todas las trazas de ser un artefacto...

—Y usted no creerá que nosotros no pusimos ninguno a bordo —masculló Ben Fayid.

—No —negué—. No lo creo. Lo siento... pero no lo creo.

—Es igual —se encogió de hombros tristemente—. Váyanse ya. Esa mujer está perdiendo demasiado tiempo aquí. Si prefiere ser usted ahora quien vaya, doctor Malgré... Me temo que ya quedan muchos menos que precisen aquí sus cuidados profesionales...

—Aun así, siguen siendo más que un solo enfermo —habló el francés, mirando al grupo amedrentado de dieciocho pasajeros, bajo el toldo—. Me quedo, señor.

—Bien, doctor. Eso habla mucho en su favor —aprobo el palestino. Nos miró—. Ya han oído. Buen viaje... a los tres.

No respondí. Mis ojos y mi atención sólo podían tener un punto, un centro que me atraía con fuerza hipnótica: aquel avión destrozado, humeante, envuelto en llamas, con más de una cincuentena de seres humanos a bordo, salvajemente sacrificados...

Nos alejamos Goldwyn y yo, con la camilla de la señora Ashton. Detrás nuestro, quedaba aquella siniestra fogata, aquella carnicería humana, envuelta en humo y llamas... Y aquellos rehenes cuya vida, quizá, no terminase mucho mejor que la del resto de nuestra inocente tripulación en el momento de abandonar Heath Road...

Goldwyn tuvo que actuar deprisa apenas nos habíamos alejado del lugar de aterrizaje forzoso unos cuantos minutos.

La mujer inconsciente se quejaba de modo débil. Fui yo quien

descubrió huellas de sangre en la manta preparada por los palestinos bajo el cuerpo de *lady* Ashton.

Nos detuvimos un instante, junto a unos candentes peñascos. Goldwyn examinó el cuerpo de la mujer, levantando su ropa oscura sobre la espalda de blanca piel lechosa, a la altura de los riñones.

—Mala suerte —comentó—. La caída ha debido causarle está herida con alguna piedra afilada. Venga, por favor. Ayúdeme. No quiero que viajemos con una mujer que, además de tener enfermo su corazón de suma gravedad, pueda sufrir una infección en un corte no demasiado profundo, pero que sí sangra en exceso...

Asentí. Del reducido equipo de emergencia que el doctor Malgré le dejara, el joven israelita apeló a antibióticos y desinfectantes antisépticos. Luego, puso un apósito que fijó con esparadrapo, comentando entre dientes, malhumorado:

—Espero que esta dama no me ponga nunca un pleito por ejercer indebidamente esta tarea médica... Me temo que la cicatriz de esta herida, no habrá quién se la quite en más de un año...

—Por fortuna, no tiene edad de llevar bikini en las playas —dije, con una breve risa, tratando de poner alguna nota festiva en aquel clima de angustia que estábamos viviendo en los últimos momentos.

—Eso es cierto —convino Josuah Goldwyn—. Tiene la epidermis de una jovencita, pero su edad es respetable. ¿Cómo lo hacen ustedes, los ingleses, para conservar así la línea y la apariencia juvenil?

—Hay quien dice que el té es nuestra gran panacea, el auténtico manantial de juventud de la raza británica —comenté riendo—. Pero no lo crea demasiado. Personalmente, yo nunca lo he creído, Goldwyn. ¿Seguimos ya?

—Sigamos, sí —admitió él, de buen humor. Mis bromas le habían dado cierta moral, tras aquella breve detención—. En marcha hacia ese bendito oasis... Me pregunto para qué diablos tuvieron mis compatriotas que luchar tanto, sólo con la idea de conquistar el Sinaí. Esto es un infierno endiablado...

—¿Infierno? —comenté irónico—. No sea sacrílego. Creo que nunca habremos estado más cerca de Dios que actualmente. Sobre todo, si llegamos al monasterio de Santa Catalina... Allí dicen que se guarda uno de los arbustos de la Zarza Ardiente del Monte Horeb, donde las Escrituras afirman que Moisés se encontró con

Yavé Dios, en el momento supremo de la Revelación...^[1]

—Quizá cuando llegue allí y vea esa zarza, cambie de idea. Pero por ahora... —Y su mirada vagó, significativa, por aquel mundo pedregoso, hostil y ardiente, en que estábamos perdidos, camino de alguna parte, con una mujer gravemente enferma.

—Puede que tenga usted parte de razón, Goldwyn —admití—. Pero sus compatriotas no sólo buscaron aquí posiciones estratégicas y políticas, sino algo que se da en esta región meridional de la península: petróleo...

—Petróleo... —repitió Goldwyn, con gesto sombrío—. Sí. Eso mueve muchas cosas, muchos intereses... Pero me pregunto si serán los intereses nuestros o de esos hombres que nos han raptado en el aire. Me pregunto si no estaremos todos sirviendo estúpida y ciegamente a los que de verdad van a aprovecharse de tanta sangre derramada... y de tanto petróleo sin derramar.

No le contesté. Porque, a fin de cuentas, hay quien ha afirmado que quien calla, otorga...

La Zarza Ardiente...

Estaba allí, ante nosotros. En el blanco, cálido patio del monasterio de Santa Catalina, en el corazón mismo del Sinaí. Sobre un tejadillo, y bajo otro entramado de troncos, en el que la zarza se enredaba.

Goldwyn y yo lo contemplamos largamente. En silencio. Casi religiosamente, pese a que parecía perfectamente vulgar en su emplazamiento actual, entre los muros blancos y los tejadillos de un rojo descolorido, bajo el implacable sol del Sinaí.

Era la mañana siguiente, y todo estaba hecho ya. Podíamos ocuparnos en el examen curioso de aquel matojo áspero y frondoso que, tal vez como decía la tradición, poseía en sí algo del supremo toque divino de su origen. O que, posiblemente, sólo fuera eso: tradición sin consistencia. Del modo que fuere, nos fascinaba su presencia. El Monte Horeb, la Zarza, Moisés... El Decálogo y Yavé Dios... Eran conceptos que giraban en mi mente, aturdida acaso por las emociones últimas, acaso por el sol de aquellas tierras.

—«No matarás...» —murmuré entre dientes.

—¿Cómo ha dicho? —Goldwyn giró la cabeza, al oírme hablar en hebreo.

—Nada —sonreí—. Recitaba algo. Un mandamiento... El quinto.

—Entiendo —suspiró—. No matar... Resulta raro oír hablar de todo eso aquí mismo... después de la experiencia vívida, Kane.

—No era más que una reflexión. Dios dijo algo. Pero poca gente lo cumple. Se sigue matando en el mundo. Por una u otra razón. O sin razón. Tal vez esa zarza arda de nuevo un día... Nos está haciendo falta, Goldwyn.

Nos alejamos del jardín del monasterio, y de la Zarza Ardiente de la tradición evangélica. Era como vivir anclados en un remoto lugar del tiempo. El Sinaí, seguía siendo el Sinaí. Creo que Moisés lo hubiera identificado sin dificultades incluso ahora mismo. Sólo que a alguna distancia había pozos de petróleo. Y sangre árabe y judía. Y sangre de otros que no eran árabes ni judíos. Y aviones convertidos en chatarra ennegrecida. Y odio. Y tensión. Y violencia. Y...

Sacudí la cabeza. No valía la pena pensar en ello, atormentarse con tantas cosas que no debían ser.

—Lo hemos hecho todo —comentó Goldwyn—. La señora Ashton reposa en el Hospital militar de La Estrella de David, y usted y yo nos reponemos del infernal viaje de ayer, gracias a los monjes cristianos y los creyentes árabes de Santa Catalina, iglesia o mezquita. Las autoridades israelíes conocen todos los datos de lo sucedido sobre el Mediterráneo y el Sinaí. Se busca a ese avión y a los rehenes del comando palestino de Ben Fayid... ¿Qué más podemos dar a los demás?

—Me temo que nada —bostecé, cansado—. Esta noche no dormí muy bien, pese a los afanes de los monjes de este monasterio, Goldwyn... Tuve pesadillas atroces. Y en todas ellas, los cuerpos retorcidos y carbonizados de esos infelices compañeros nuestros de pasaje... Eran más de cincuenta, Goldwyn. Y murieron en un instante...

—Yo pude ser uno de ellos —murmuró el israelí, sombrío, levantando muy despacio su mirada gris, metálica, hacia mí—. Recuerde que sólo la elección del doctor Malgré, a última hora, me salvó de estar dentro del aparato en el momento de la explosión. Era uno de los últimos de la hilera que aguardaba a salir de aquel infierno ardiente...

—Y un momento después, el infierno fue total —me estremecí—. Los cuerpos envueltos en llamas eran sólo pavesas... Dios mío, ¿qué

pudo suceder? ¿Por qué ese artefacto asesino?

—Los terroristas recurren siempre al crimen para sus reivindicaciones —afirmó con ira Josuah Goldwyn—. Es lo de siempre.

—Sí, tal vez lo sea. Pero... no sé...

—¿Qué le pasa? ¿Acaso duda de que fuera cosa de Ben Fayid y sus esbirros? Son piratas del aire, asesinos suicidas. Matan y mueren, sólo por una idea, por un fanatismo... Hay mil casos parecidos. Los habrá leído en los periódicos, los habrá visto en noticiarios por televisión...

—Claro. He visto cosas atroces. No defiendo a nadie, Goldwyn. Sólo actúo como lo que soy: un profesional de la investigación. Hay algo elemental en nuestro trabajo: la lógica. Y esa lógica me dice que no tiene sentido que Ben Fayid o cualquiera de su grupo llegase a utilizar un explosivo para dinamitar el «Boeing»...

—Ya oyó a los militares de mi país. Y también escuchó por radio a las autoridades a quienes informamos —me recordó Goldwyn secamente—. Hay noventa y nueve posibilidades entre cien de que ellos lo hicieran. Bien premeditadamente, bien por error o imprudencia. Pero son responsables, es evidente. Una avería no pudo provocar la explosión, una vez en tierra y con los reactores apagados. La tripulación hubiera advertido el riesgo. Y no fue así.

—Todo lo que usted dice, lo sé a ciencia cierta —admití—. Pero sigue sin encajar. Ben Fayid no esperaba algo semejante, lo vi en su rostro. Estaba anonadado. Al afirmar que no poseían explosivos en su poder, me pareció tremendamente sincero...

—Entonces, deme otra explicación plausible que aclare el suceso —me desafió tranquilamente mi compañero de peripecia.

Tuve que callar esta vez. Por la sencilla razón de que no poseía explicación alguna que me permitiera rebatirle sus contundentes afirmaciones.

Aun así, algo, allá en el fondo de mi mente, me hacía dudar de la responsabilidad del comando palestino en el trágico suceso del desierto del Sinaí, la tarde anterior.

Ahora, aun encontrándose a salvo de la acción del grupo terrorista, lejos de donde el infierno estallara entonces de modo terrible y devastador, un escalofrío sacudía todo mi ser, cada vez que evocaba a aquel estremecido grupo de viajeros aterrorizados,

aquella nave aérea brutalmente desgarrada... Y, sobre todo, aquel amasijo negruzco e informe de cuerpos humanos sacrificados en una pira espantosa.

Personas que hablaban, reían o leían, al abandonar Heat Road, allá en Inglaterra, no muchas horas antes. Gente que tenía por destino final Atenas o Tel Aviv, escala final y destino definitivo, respectivamente, de aquel «Boeing 707» de la *Transworld Airlines* americana, cuyo punto de origen era Nueva York.

Ahora, todos habían llegado a su oscuro y eterno destino. Todos, menos Goldwyn, yo... y aquel triste y lamentable puñado de rehenes, perdidos en el desierto, en poder de un grupo terrorista palestino.

No podía olvidarlos aquella mañana, en el monasterio de Santa Catalina, del Sinaí.

Ni los había olvidado veinticuatro horas más tarde, cuando mis pies pisaban el firme asfalto de Tel Aviv, en Israel, y la televisión judía transmitía triunfalmente las noticias recién llegadas a sus redacciones informativas, con el rescate de los rehenes y la captura de los cuatro guerrilleros palestinos, supervivientes de un «comando» de cinco, autor del secuestro en pleno vuelo del «Boeing 707» en la ruta Londres-Tel Aviv.

CAPÍTULO V

—¿Qué va a ser de ellos?

Mi pregunta tal vez era ingenua, pero era la única que se me ocurrió en ese momento.

Él me preguntó pensativo. Esperaba que le hiciera sonreír benévola por mi ingenuidad, pero no fue así. Se limitó a estudiarme. Luego, manifestó con calma:

—No lo sé, señor Kane. No entra en mis atribuciones. Soy un civil, no un militar.

—Ah, pero ¿hay alguien que no sea militar en su país? —comenté, con la misma ingenuidad de antes.

—Buen chiste —a pesar de su ironía algo áspera, sonrió—. Puede registrarlo cuando vuelva a Londres, señor Kane. Pues... sí. Hay algo civil en mi país: la policía, por ejemplo, cuando no se halla en estado de guerra propiamente dicho. Usted no es tampoco un militar, sino un civil que se halla aquí para una misión informativa, a lo que supongo.

—Eso es —me apresuré a asentir—. Puramente informativa, inspector.

—Espero que sea así. No se mezcle en asuntos internos de Israel, o tendrá problemas.

—Yo, más bien diría que... me mezclaron —sonreí irónico—. No pedí ser secuestrado en pleno vuelo por nadie.

—Lo imagino. Señor Kane, ¿qué vino a informar, exactamente?

—Mi profesión me impide ser demasiado locuaz en ciertos temas —eludí—. Ni siquiera hubiera dicho que era detective privado en Inglaterra, de no mediar este rapto aéreo. Aun así, pude haber afirmado que era un simple turista, pero opté por la verdad.

—Eso le honra —rió el funcionario israelí—. De todos modos, hubiéramos averiguado la causa de su presencia aquí. Y su verdadera profesión también. ¿Lo sabía, señor Kane?

—No, pero... lo imaginaba —suspiré, todo sinceridad—. ¿De modo que... no sabe lo que va a ocurrir con esos terroristas?

—No. Pero imagino que serán juzgados como tales. Y condenados a muerte —se encogió de hombros—. Es lo normal. Son responsables de un secuestro aéreo. Y de la muerte de cincuenta y ocho personas, señor Kane. ¿Por qué le preocupa tanto su esfuerzo? ¿Es que desea vengarse de algo?

—¿Vengarme? Oh, no, no era eso.

—Entonces... ¿le preocupa su suerte? ¿Simpatiza con ellos? —La mirada azul oscura del policía judío era una especie de taladro de frío acero.

—No simpatizo con ninguna clase de violencia. Y menos aún con la piratería y el asesinato. Sólo que sigo preguntándome... si hubo asesinato.

—Usted fue testigo —silabeó el inspector David Allen, de la policía de Tel Aviv—. ¿No está seguro de lo que vio en el avión incendiado, tras la explosión?

—De eso estoy plenamente seguro. De lo que no puedo estarlo tanto, es de las causas de esa explosión...

—¿No? ¿Pudo ser el sol, el calor, el combustible...?

—Había poco combustible a bordo, mucho calor y mucho sol. Pero llevábamos poco en el desierto. La temperatura del avión no había llegado a un punto peligroso.

—¿Entonces...? —El policía arqueó sus cejas, estudiándome irónico.

—Estoy seguro de que ellos parecían tan asombrados como todos, cuando sucedió aquello. No esperaban que el avión saltara en pedazos.

—Mi querido señor Kane, eso importaría poco a la hora de celebrarse el juicio sumarísimo contra ellos. Son autores de un delito de piratería. Es suficiente para la pena capital.

—Hicieron descender el avión para atender a una dama enferma —le recordé—. Todos los testigos deben saber eso también como yo.

—Lo saben —suspiró—. Y lo han dicho así. Señor Kane, ¿por qué ese interés desusado por sus propios secuestradores? ¿Quiere convertirse acaso en su abogado?

—No he dicho eso...

—Pero lo da a entender, amigo mío. Y eso me sorprende. ¿Qué hay que le preocupe en todo esto? ¿Acaso... alguna de las mujeres palestinas que forman ese grupo?

—No... —negué, demasiado deprisa. Mire al inspector Allen, pensativo—. ¿Por qué una mujer, precisamente?

—No sé. Se me ocurrió de repente —encogióse de hombros—. Olvídelo, señor Kane. Pero si quiere hacerme caso, no haga en lo sucesivo más preguntas sobre esos guerrilleros. Son peligrosas en Israel. Mucha gente pide su linchamiento. Sólo la serenidad de las autoridades y el civismo de las gentes, impiden algo peor. Pero no le quepa duda: los cuatro van a ser condenados, si la ley se aplica con todo su rigor, como imagino... Aquí no se discrimina sobre el sexo. Muchas mujeres israelitas murieron en pleno frente, con el uniforme y un arma. No podernos permitirnos ciertos lujos. Ni con nosotros mismos, ni con el enemigo. Usted, como ciudadano inglés, pensará que esto es monstruoso. Quizá lo sea, pero no tenemos la culpa. Pienso que tampoco es culpa de los árabes, sino de todos a la vez. De la coyuntura histórica que nos toca vivir, señor Kane...

—Y un poco también de los demás ¿no es cierto, inspector? —dije amargamente, poniéndome en pie—. Sin excluir a mis propios compatriotas, por supuesto...

Hice un gesto con la mano y abandone la oficina policial de Tel Aviv. Mi última imagen era la de un inspector Allen algo confuso y sorprendido. Pero siempre eficiente.

No me sorprendió saber que era seguido prudentemente, a través de la ciudad israelí. Por mucha prudencia que pusieran, no eran más hábiles que Scotland Yard. Y yo había burlado muchas veces a mis queridos amigos de Victoria Embankement.

¿Por qué no burlar a los hombres del inspector David Allen, cuando menos durante un tiempo prudencial?

«LOS TERRORISTAS PALESTINOS,
ENCARCELADOS. SU EJECUCIÓN SERÍA UN
ESCARMIENTO A ESCALA MUNDIAL. ¿A QUÉ SE
ESPERA PARA HACER JUSTICIA?».

«SESENTA VÍCTIMAS INOCENTES CLAMAN
VENGANZA. LAS LEYES INTERNACIONALES HAN
SIDO BURLADAS UNA VEZ MÁS. ¿HASTA CUANDO
SEGUIREMOS IGUAL? ¡PENA DE MUERTE A LOS

PIRATAS DEL AIRE!».

Eran los titulares de los más importantes rotativos vespertinos de Tel Aviv. Los leí en silencio en el hotel, tras una enésima prueba telefónica para localizar a Dahlia Sloane, sobrina de mi cliente londinense.

Nadie respondió al teléfono de la joven israelí. No insistí más. Encendí un cigarrillo y di unos paseos por la estancia, saboreando a ratos el *gin-tonic* que había pedido al camarero, unos minutos antes.

A través de la ventana del hotel, la ciudad israelí ofrecía su iluminación nocturna, sus avenidas cuidadas y pulcras, sus edificios modernos, sus rótulos fluorescentes y sus ventanas iluminadas, como ojos rectangulares abiertos a la noche. Parecía un mundo tranquilo, alejado de toda posible violencia.

Sin embargo, nunca había paz en aquel atormentado lugar de la geografía de Oriente Medio... A veces, las apariencias podían ser terriblemente engañosas.

Miré abajo, a la avenida amplia, de dos trazados lineales de palmeras, de zonas ajardinadas y aparcamientos ordenados. No me sorprendió ver el coche oscuro. Y cerca de él, al hombre alto, vestido de gris perla.

Un policía, un hombre del inspector David Allen. Había burlado un rato su vigilancia aquella tarde. Pero inexorablemente, ésta se reanudaba en cuanto acudía a un lugar habitual, como era el hotel donde me alojaba.

El noticiario de televisión, recién concluido, me había mostrado, en el televisor *standar* de la habitación del hotel, imágenes fugaces y poco favorecedoras de Ben Fayid y de sus tres cómplices supervivientes. Dieron sus nombres al exhibirlos.

No supe la razón, pero el de Zara Osmin me produjo un leve estremecimiento. Contemplé, en la imagen borrosa y turbia, que sin embargo no bastó a ocultar su inquietante belleza morena y sensual, aquella expresión suya, insondable y enigmática, de los profundos ojos oscuros, fulgurantes y misteriosos.

—Zara... —murmuré—. Zara Osmin...

Y me sentí extrañamente inquieto, como nervioso. De súbito, una frase absurda del inspector Allen, asaltó mi mente: «¿Qué le preocupa de todo esto? ¿Acaso... una mujer?».

Una mujer...

No, ¿por qué una mujer?

Zara...

—Cielos, no es posible que ella... una guerrillera... —murmuré roncamente.

Y no pude convencerme a mí mismo. Por eso aplasté con ira el cigarrillo en un cenicero de cristal. Por eso entré airadamente en la ducha, para el aseo.

Cuando bajé a cenar al comedor del hotel parecía sereno y tranquilo. Pero interiormente, la cosa era muy distinta.

Había cosas que no surgían a la superficie si uno no quería. Ésta era una de esas veces. Al sentarme en mi mesa, frente a un amplio ventanal asomado a la noche tranquila y cálida de Tel Aviv, mi mente aparecía llena de confusos y encontrados pensamientos: Zara Osmín, Ben Fayid, el «Boeing 707», el inspector Allen, la pena de muerte, un explosivo en el avión...

Eso era al sentarme. Un minuto más tarde, o acaso dos, pero no muchos segundos después, sólo me estaba preocupando por mi propio pellejo.

Y una ráfaga de balas destrozaba estrepitosamente la vidriera, buscando de modo furioso e implacable mi cuerpo...

La muerte volvía a pasar cerca de mí, en un estallido de verdadera virulencia, muy propia de estos días en que vivimos en constante sobresalto. Ya fuese en Tel Aviv o en territorios árabes, unos y otros se hostigaban en constantes represalias sangrientas que no podían sorprender a nadie.

Pero en esta ocasión parecía ser yo el objetivo de los misteriosos tiradores.

Es lo que pensé mientras me precipitaba velozmente, con mesa y asiento, en confuso revuelo, y las balas zumbaban rabiosamente sobre mí, pulverizando vidrios y agujereando cortinas y muros, por todo el comedor del hotel.

Los gritos y alaridos de terror entre los ocupantes del hotel, formaron una sinfonía dramática, unida al furioso tableteo de las armas automáticas en el exterior.

Providencialmente, supe que me había salvado, sólo porque mi instinto y mis reflejos me habían impedido mirar confiadamente al exterior, como cualquier turista ingenuo.

Por eso yo capté el raro brillo repentino en una ventanilla de un

automóvil que, descendiendo despacio por la alameda, había acelerado de súbito, sin razón aparente, virando ante el edificio del hotel.

Un instante después, comenzaba el rabioso tiroteo contra el ventanal donde mi figura debía recortarse nítidamente para los que estuviesen fuera.

Y sólo una décima de segundo antes del estallido agresor, yo había lanzado mi cuerpo y mi silla hacia adelante, empujando la mesa, con todo cuanto contenía, y rodando por el suelo del comedor, entre vidrios pulverizados, platos y jarrones rotos, y un sinfín de cosas más.

Muchas luces se extinguieron, y la gente corrió atropelladamente hacia la salida del comedor. Yo no me moví de debajo de la volcada mesa, en previsión de lo que pudiera suceder. Era más peligroso incorporarse y ofrecer la figura a la luz, que quedarse en el mismo sitio, aguardando el fin del huracán de plomo.

En las calles ulularon sirenas policiales, entre gritos de los transeúntes amedrentados. El coche se había perdido en una esquina inmediata, y se mezclaron disparos de revólver con los tableteos del arma automática del vehículo asesino.

Respiré hondo, frotándome el mentón.

—Amigo Roger, creo que has nacido otra vez —me dije que alguien tenía mucho interés en matar a una persona llamada Roger Kane, o aquel atentado al hotel carecía de toda razón de ser.

—¿Es eso lo que usted supone?

—Sí, eso exactamente —admití con sequedad.

—Se está buscando ese automóvil de modo exhaustivo, se lo aseguro —afirmó el inspector David Allen, ceñudo. Luego, se volvió al coronel Paul Levy, de la Seguridad Militar israelí, presente en la reunión—. Se supone que debe ser un nuevo desafío de algún grupo de palestinos, en represalia por la captura de su gente, en el desierto del Sinaí...

—Hum, no sé —se encogió de hombros el coronel, atusándose sus blancos bigotes con aire pensativo—. ¿Se supone que esos guerrilleros tienen algo especial contra el señor Kane? Porque en ese caso, no se explica que le dejen partir con una persona enferma.

—Tal vez piensen ahora los compinches de Ben Fayid que el inglés traicionó a su jefe —señaló problemáticamente Allen.

—Puede ser una posibilidad, pero no demasiado clara ni concreta —comentó el militar con escepticismo. Luego, clavó sus astutos ojos grises, menudos y fríos, en el rostro sereno que yo conservaba pese a todas las complicaciones surgidas—. Señor Kane, ¿usted sería capaz de ver alguna explicación especial a ese brutal atentado en el que pudo usted haber perdido la vida, junto con algunos huéspedes de este hotel?

—Sinceramente, no —confesé. Y no mentía—. El ataque me pilló por sorpresa, coronel.

—Pues para ser así, tuvo usted una endiablada rapidez en eludir el blanco de los disparos, pese a su rapidez y abundancia —comentó con sorna el alto funcionario militar israelí—. Le felicito por sus buenos reflejos, señor Kane. A ellos les debe la vida, no hay duda sobre eso.

—Estoy convencido de ello, coronel —suspiré—. No es la primera vez que ello me sucede, si he de serle sincero.

—Me lo imaginaba —masculló el coronel Levy. Me estudió con astucia—. ¿Es cierto que su profesión es la de detective privado?

—Cierto, coronel.

—¿Y qué hace un detective privado inglés en Tel Aviv?

—Podría decir que vengo por simple turismo. Pero mentiría.

—Claro que mentiría. Yo no iba a creérmelo, señor Kane.

—Le seré sincero una vez más: busco una persona en particular.

—¿Puedo saber a quién? Habiendo estado usted en ese avión, y tras el atentado de esta noche, resulta lógico que me preocupe su seguridad. Y, por natural relación con ella, sus posibles ocupaciones en nuestro territorio. Mi misión es cuidar de esa seguridad suya, y al mismo tiempo la de nuestro país. Hable, señor Kane. Le prometo guardar discreción, si ello no afecta a mi trabajo.

—Puede afectar —comenté ceñudo—. Vine a ver personalmente a un hombre llamado Tobey Jordan...

—Tobey Jordan... —repitió despacio el coronel. Asintió despacio—. Creo entender. Pero usted no soñará con sacar a Jordan del territorio israelí, señor Kane, por muchas que sean sus habilidades.

—¿Cómo? —masculló Allen—. ¿Sacarle de Israel? ¿A Jordan, el alto funcionario de...?

—Sí, de la Misión Judía para Occidente —completé con

sequedad—. El mismo, señores. Por supuesto, yo no he dicho que piense siquiera tal cosa. Sólo hablé de verle, de hablar con él personalmente...

—Señor Kane, sabemos lo que sospechan algunas personas en Inglaterra, relacionado con nuestro señor Jordan —habló mansamente el coronel Levy—. Por supuesto, eso es hartó improbable, no está demostrado en absoluto, y el Gobierno de Tel Aviv no puede en modo alguno cooperar con Scotland Yard en un asunto semejante, perjudicando a un ciudadano que tiene perfecto derecho a solicitar el asilo de su país, en tanto no se prueba que es culpable de algo.

—Parece ser que esa prueba se halla, precisamente, en Inglaterra —sonreí—. Si él no va allá, no hay evidencia.

—Pues no irá, esté bien seguro —cortó Levy fríamente—. Es el eterno problema del huevo y la gallina, señor Kane. Mientras no se pruebe su culpabilidad, no saldrá de Israel, de grado ni por fuerza. Y mientras no salga, ustedes dicen que no probarán nada. Es un círculo vicioso.

—Sólo he pedido hablar con él. ¿Me va a ser negado eso?

—No. Puede hablar con Tobey Jordan, siempre que él acepte esa entrevista. Pero usted será estrechamente vigilado. No se le permitirá maniobra alguna, encaminada a un golpe de sorpresa para llevarse consigo a Jordan a territorio británico, esté bien seguro.

—Coronel Levy, creo que son ustedes los expertos en llevarse gente de Brasil o de otros lugares, en cuanto descubren a uno de sus viejos nazis escondidos. Yo no soy especialista en esas cosas. Además, soy sólo un detective privado, no un comando.

—¿Y no puede revelarnos el nombre de la persona que le envió a Tel Aviv con esa misión?

—No, señor. El nombre de un cliente es siempre estricto secreto profesional.

—Entiendo —el militar se puso en pie con un suspiro—. Respetaré su secreto. Si es posible, hablará usted con Jordan. Pero eso será todo. Si insiste en permanecer aquí más tiempo del razonable, será invitado cortésmente a marcharse del país. No nos obligue a ser duros con usted.

—Y menos, después de haberse interesado por esos guerrilleros —terció Allen—. Podríamos utilizarlo como instrumento contra

usted, para declarar no grata su presencia en Israel, compréndalo.

—¿De modo que se interesa por los que fueron sus raptos? —insinuó astutamente el militar de Seguridad.

—Sí, en cierto modo —admití algo seco—. Recuerde que yo estuve allí cuando sucedió todo, y no me gustaría ver ejecutados a unos hombres que, pese a su delito, fueron humanitarios con un pasajero. Y que dudo mucho que utilizaran artefacto explosivo alguno.

—Temo que su posible simpatía por algún miembro de ese grupo le haga sentirse ciego para ciertas cosas —me reprochó el militar—. Sepa que nuestros expertos han confirmado la presencia de un artefacto explosivo, posiblemente de relojería, conectado a una hora determinada para estallar.

—¿Eso han descubierto? —Me sobresalté—. ¿Es seguro lo del sistema de relojería?

—Es muy probable. Quizá se equivocaron al ajustar las agujas de la hora, y su error costó todas esas vidas. Una negligencia así, tras un secuestro aéreo, es tan criminal como haberlo hecho a sangre fría, señor Kane.

—Relojería... —repetí pensativo—. Creo recordar que el avión estalló a las cinco de la tarde, aproximadamente.

—¿Qué es lo que quiere dar a entender con eso?

—Me pregunto en qué lugar estaría el «Boeing 707» de TWA, durante ese vuelo, de haber ido todo normalmente, a las cinco de la tarde, poco más o menos.

—Por su horario, señor Kane, puedo garantizarle que habría dejado atrás Atenas y estaría sobrevolando ya las costas israelitas, si no sufría retraso. Pero es ridículo imaginar que, habiendo un explosivo sincronizado a bordo, montado por terroristas otro grupo de guerrilleros provocara el secuestro, con el riesgo de saltar todos en pedazos por los aires. Desengáñese, señor Kane: ellos, al secuestrar el avión, llevaban consigo el artefacto para una posterior voladura, y un error de cálculo o una manipulación torpe del instrumento, provocó el estallido.

—Usted habla, coronel, como si, efectivamente, sólo los palestinos pudieron haber pensado en esa voladura...

—¿Quién, si no? —rió el inspector Allen—. Recuerde que el avión tenía por destino Tel Aviv, y viajaban numerosos israelitas en

él. No iba a ser un comando nuestro el que pusiera una carga explosiva a bordo.

—No hablaba de terroristas en ningún sentido, inspector —negué, pensativo.

—¿No? —se sorprendió el coronel Levy—. Entonces, ¿de quién?

—De alguien que ha intentado matarme esta misma noche, en este hotel —dije, sombrío—. Alguien que, tal vez, no vacilaría en sacrificar a más de cien personas si era preciso, con tal de volar en pedazos el avión en el que YO viajaba. ¿Entienden ahora?

—Sí. Otro atentado a su persona. Se cree usted demasiado importante, señor Kane.

—Ojalá no lo fuese tanto. Le aseguro que sentir dos veces la muerte al lado, dista mucho de ser halagador para mí...

Naturalmente, ellos no admitían en absoluto mi teoría.

Lo peor es que yo estaba convencido de hallarme en lo cierto. Y me pregunté cuál sería la tercera intentona de aquella gente, para terminar con la vida de Roger Kane, detective privado.

La misión encargada por Irving Sloane, era evidentemente conocida por alguien. Tal vez de Tobey Jordan. Y de quienes con él se relacionaban.

Tobey Jordan...

Era mi objetivo para el día siguiente. Tenía que verle a cualquier precio. Me intrigaba la personalidad de aquel hombre, sospechoso de cuatro asesinatos en territorio inglés.

Pero había infinitas posibilidades de que la policía y el Servicio de Inteligencia Militar de Israel, me pusieran toda clase de obstáculos para impedirlo.

De modo que tomé una inmediata resolución.

Intentaría ver a Tobey Jordan, sí. Pero no al día siguiente, sino... esta misma noche.

SEGUNDA PARTE

CADENA DE SANGRE

CAPÍTULO PRIMERO

Los tejados de Tel Aviv eran un buen camino.

Especialmente durante la noche y estando vigiladas las salidas del hotel por hombres de la policía israelí.

No me resultó demasiado costoso saltar del tejado del hotel a otro vecino, de allí a otro más alejado, y así sucesivamente, hasta irme alejando más y más de la zona donde los agentes de la Seguridad israelí velaban por mi integridad... y porque yo no saliera para nada del hotel sin ellos apercibirse y seguirme adónde fuese.

El edificio de la Misión Judía en Occidente aparecía lógicamente cerrado a tales horas. Por su acera, frente a las puertas y ventanas herméticamente ajustadas, paseaban dos soldados de vigilancia, con casco y metralleta bajo el brazo.

Un gran cartel, difundía *slogans* de la propaganda israelí respecto a sus ciudadanos dispersos por países occidentales, y su obligación moral de apoyar a Israel con todas sus fuerzas y medios.

Más allá, las calles nocturnas aparecían solitarias, y bastante bien iluminadas. Había frecuentes patrullas militares. El pequeño y próspero país conseguido a base de la partición geográfica propuesta por la ONU, pero que había sido el foco vital para el nacimiento de la Resistencia Palestina, no podía nunca sentirse enteramente en paz. Aunque los cañones hubieran callado de un modo esporádico e inseguro en los frentes, desde El Golán al sur del Sinaí, los israelitas sabían que su paz era siempre precaria, y su seguridad permanecía sosteniéndose en el filo de una navaja.

Así era natural que, pese a un ficticio clima de paz y confianza, resultaran inevitables los controles militares por doquier, y más aún en plena noche.

Eludí lo mejor posible a todos esos destacamentos armados. No quería ser parado en la calle, porque me exigirían mi

documentación y, al examinarla, me pedirían las razones por las que abandonaba el hotel, para deambular por la ciudad sin rumbo fijo aparente.

Cierto que tenía preparada una buena respuesta, nombrando un club nocturno como mi punto de destino, pero si el coronel Levy o el inspector Allen habían instruido oportunamente a alguna patrulla, corría el riesgo de ser devuelto al hotel inmediatamente.

Mientras pensaran que yo dormía tranquilamente en mi habitación, no pondrían obstáculo en torno a la persona de Tobey Jordan.

Y eso era lo más importante en este momento.

Sabía dónde buscar a Jordan, si era imposible hallarle en el edificio de la Misión Judía para Occidente. Tenía su dirección habitual, pero también sabía que, regularmente, un hombre o dos montaban guardia día y noche a la puerta de su vivienda. Para Israel, Jordan era un patriota eficaz y prestigioso. Para Inglaterra, era un sospechoso de asesinato. De allí la doble razón de su custodia.

Alcancé una de las amplias bocacalles de Dizengoff Square, en plena zona residencial de la ciudad. En la Avenida Galilea, se alojaba Jordan. Busqué su domicilio, y no me fue difícil encontrarlo.

Un soldado armado montaba guardia en la acera, paseando arriba y abajo. Otro, era visible al lado opuesto, sentado al volante de un *jeep* militar, con la vista fija en la fachada del edificio de dos plantas donde residía Jordan.

Era lógico suponer que, cuando menos, otro hombre armado guardaría la parte posterior del edificio, para evitar desagradables sorpresas.

De modo que, una vez más, elegí el camino menos vigilado: los tejados.

Entré en un patio encalado, de una casa cercana. Al fondo, se veían las luces de un establecimiento donde se servían bebidas y platos típicos. Iban a cerrar de un momento a otro.

No entré en el local. En vez de ello, escalé la blanca fachada hasta un saliente situado a cosa de cuatro yardas de altura. Desde allí, alcancé una escalera que subía a unas azoteas y comencé a deslizarme, sigiloso, por los techos de Tel Aviv.

Cuando alcancé el edificio vecino a la vivienda de Jordan mis ojos recorrieron toda la azotea. No había allí guardia alguna.

Salté a la azotea. Me incliné sobre la claraboya, de modo que mi silueta no se dibujase en el vidrio. Si había algún centinela en las escaleras, no convenía que descubriese la presencia de alguien en las alturas.

Probé los vidrios. Estaban sólidamente sujetos. En cambio, la aldaba que retenía toda la pieza al marco de hierro de la misma, era más frágil de lo previsible.

Extraje mis herramientas habituales. Manipulé la aldaba, hasta desprenderla, quebrada.

Alcé, muy despacio evitando chirridos alarmantes, toda la amplia claraboya. El hueco asomó a la oscuridad de una escalera interior formada sólo por dos rellanos y cuatro tramos.

De mis herramientas, surgió también una negra, larga y resistente cuerda de seda, que sujeté al hierro de la claraboya tras bajar está de nuevo cuidadosamente.

Luego, la alcé, me aferré a sus bordes y empecé a descender, apoyando los pies en el muro lateral. Me solté suavemente dejando caer la claraboya y colgando de la cuerda, que resistió, tensa, mi peso.

Así llegué al segundo rellano. Mi calzado, de suela de goma, no producía ruido alguno. No llevaba armas de fuego porque seguía siendo un riesgo demasiado grande, ante las medidas de control en territorios israelitas y árabes. Pero me hubiera sentido mucho más tranquilo con una en el bolsillo.

Por fortuna, no había vigilancia en la escalera. Ésta permanecía silenciosa y en sombras. La puerta de abajo no atrajo mi atención. Algo me dijo que Jordan viviría en la planta alta. O, cuando menos, valía la pena probar inicialmente por allí.

La puerta estaba herméticamente cerrada. Eso no era obstáculo, siempre que no hubiera un pestillo o cerrojo interior corrido.

Por fortuna, no era así. Mis excelentes ganzúas franquearon sigilosamente el paso. El equipo de un buen detective privado, puede equipararse muchas veces al de un hábil y experto ladrón de guante blanco.

La puerta rechinó ligeramente, y su ruido sonó como un pistoletazo en la oscuridad, haciéndome sentir las palpitaciones de

mi corazón.

Me detuve, a la espera. Si uno cualquiera de los vigilantes armados sentía algo anormal y acudía al lugar del hecho, antes de nada haría fuego con su arma, sin pregunta alguna por medio.

Era un riesgo de muerte el que estaba corriendo en esos momentos. Pero ya, uno más o menos, empezaba a dejarme indiferente.

Me aventuré en el interior de la vivienda. Mi mano oprimió el resorte de una diminuta linterna eléctrica. Una delgada tira de luz recorrió el terreno a pisar.

Muebles al estilo oriental, tapices en los muros, fotografías de Tel Aviv y Jerusalén, una bandera del estado de Israel, cuadrados con Ben Gurión y Golda Mayer, un busto del general Dayan sobre un mueble...

No se le podía negar a Jordan su patriotismo. Pero me pregunté si era real o fingido. La luz fue revelando todo el mobiliario y los objetos, pero ninguna señal de vida.

De ese modo, llegué a una amplia sala, alfombrada y con mobiliario más europeo. Un mueble archivador aparecía abierto totalmente, y muchos *dossiers* y fichas dispersos por el suelo, como si hubieran sido revisados precipitadamente.

Me extrañó. Todo lo demás mostraba cierto orden. Más allá, vi un secreter abierto.

Una hoja de blanco papel era visible, en medio del mismo. La raya luminosa de mi lámpara descendió un poco más, hasta una silla caída, un tubo de tabletas volcado en la alfombra, un vaso con agua, hecho trozos, y con señales de humedad en la misma alfombra.

Descubrí todo eso.

Y un momento después el cadáver de Tobey Jordan.

Nunca le había visto antes de ahora, pero supe que era él.

Había visto algunas fotografías, muy pocas y borrosas. Al parecer, Jordan aborrecía ser fotografiado y eran escasísimas las imágenes que de él se podían conseguir. E incluso esas pocas, eran de una imperfección casi absoluta.

Pero aquel hombre debía de ser forzosamente Jordan. No sólo por el vago parecido con las fotografías estudiadas previamente, sino porque sobre su camisa llevaba prendido un pequeño emblema

esmaltado con el escudo de Israel. Y una chaqueta, caída junto con la silla, mostraba en la solapa un distintivo con las iniciales J. M. O. (Jewish Mission for Occident), siglas de su Organización.

Me incliné. Examiné su rostro, lívido y estirado, con una rara rigidez. Los ojos aparecían desorbitados. La piel, empezaba a enfriarse. No había duda alguna sobre su fallecimiento.

Una espuma blancuzca aparecía reseca en sus labios apretados. Miré el tubo. Eran tabletas de un barbitúrico muy fuerte. El tubo contenía veinte. Apenas si quedaban cuatro o cinco dispersas...

En torno al caído no había señal alguna de violencia. Me incorporé, llevando la luz cuidadosamente hasta el secreter arrinconado. La hoja de blanco papel brilló, cegadora.

Estaba escrita con letra firme y aguda:

«No culpen a nadie de mi muerte. Me siento acosado. Tengo miedo. Confieso mis culpas. Soy indigno de mi país. No puedo vivir así. Es mejor terminar».

»Tobey Jordán».

La nota de un suicida. Escrita con rotulador negro, de punta fina. El objeto utilizado estaba al lado. No toqué nada. Estaba procurando dominar mi sorpresa lo mejor posible.

Tobey Jordan es la última persona a quién hubiera esperado hallar sin vida. Eso lo alteraba todo. Y daba fin a mi misión en Tel Aviv.

—Suicidio... —murmuré—. Es extraño...

Lógicamente supuse que no les sería difícil a las autoridades israelíes saber si el mensaje había sido escrito por Jordan o no. En ese caso, el truco hubiera sido demasiado tosco, si se pretendía hacer aparecer como suicidio un vulgar asesinato.

Aun así, yo estaba convencido de que a Jordan le habían asesinado.

Pero ¿quién y por qué, si él era realmente el asesino de cuatro personas en Inglaterra?

Las cosas distaban mucho de ofrecer alguna claridad. Por el contrario, esa muerte las enredaba totalmente.

Se me ocurrió algo repentinamente diabólico. Ni corto ni perezoso, tomé el papel escrito y lo guardé, bien plegado, en mi

bolsillo. Sin él, cambiaba mucho el decorado. Y eso iba a resultar divertido, sobre todo imaginándose la reacción del presunto asesino.

Un plan minuciosamente dispuesto para aparentar un suicidio, se venía abajo en cuanto no existiera nota alguna escrita. Alguien se iba a llevar una fea sorpresa y un disgusto al verse ante aquel hecho inexplicable.

Luego recorrí por última vez la estancia, estudiando el archivador revuelto. Sorprendido, descubrí uno de los *dossiers* que yacían en la alfombra. Fue el nombre, escrito con rotulador rojo, sobre la carpeta, el que atrajo en el acto mi atención:

SLOANE

Sloane era el nombre de mi cliente. Pero debajo del apellido no figuraba el nombre Irving, que era el del hombre que me contrató en Londres para esta labor. Por el contrario, era el nombre de una mujer. Dahlia.

Dahlia Sloane. Recordé que Irving tenía una sobrina en Tel Aviv, ya que ambos eran de raza judía. ¿Qué hacía su *dossier* personal en manos de Tobey Jordan?

Abrí la carpeta. Casi resbaló al suelo una gran fotografía ampliada, con el rostro de una bellísima joven de cabellos rubios, suavemente claros, ojos grises y fácil sonrisa en su boca de labios carnosos.

El nombre aparecía mecanografiado sobre la brillante cartulina. Dahlia Sloane, 1972.

Era una fotografía reciente. La sobrina de mi cliente era una verdadera belleza fuera de lo común. Y con algo ingenuo en su mirada.

Puesto a llevarme cosas, no dudé en doblar carpeta y fotografía, embolsándomelas con alguna dificultad. Luego, seguí la búsqueda, siempre sin otra luz que la de mi linterna muy difícil de percibir desde el exterior.

En un cajón secreter encontré el segundo objeto interesante de mi búsqueda. Un telegrama fechado en Londres, dos días antes. Lo leí, intrigado:

«MERCANCÍA SALE VUELO 805 DÍA 15.

MANUFACTURAS BROWN».

—Muy significativo —refunfuñé entre dientes—. Vuelo 805... Es el que corresponde al «Boeing 707» de TWA. Y el día 15 es el mismo en que yo tomé ese avión...

También el telegrama pasó a mi poder. Si alguna vez se enteraban de todo esto las autoridades israelíes, no sólo sería declarada persona no grata al país, sino que terminaría en una de sus cárceles, acusado de ocultamiento de pruebas.

Ahora estaba seguro de algo que, hasta entonces, fuera sólo una simple deducción: Tobey Jordan había sido advertido por aquella misteriosa firma de Manufacturas Brown, desde Londres, de mi llegada en ese reactor de TWA.

Luego, había llegado el secuestro aéreo, el artefacto explosivo... y el ametrallamiento fallido, en el hotel; demasiadas casualidades.

Ahora, resultaba existir un nexo o conexión desconocida entre la sobrina de mi cliente y el fallecido Jordan. Éste parecía víctima de un suicidio con barbitúricos... pero había alguien en aquel escenario que no encajaba bien.

Tenía que salir cuanto antes de aquel lugar. Ya no se podía hacer nada con Jordan. Los muertos no hablan. Si él mató a las cuatro personas de Inglaterra, nunca lo sabríamos por propia confesión suya. La carta del suicida parecía aludir a ese hecho criminal, pero de un modo ambiguo e inconcreto.

Pero ¿era auténtica esa carta o un simple truco para disfrazar un crimen?

Yo no estaba muy seguro de nada ello. Sólo que... el corazón me decía que me encontraba ante un homicidio. Y tenía cierta experiencia en esa clase de sucesos. Sin necesidad de evidencias o indicios, podía «olfatear» determinados hechos. Podía equivocarme, ciertamente, pero no lo creía en absoluto.

—Ahora conviene salir de aquí —murmuré para mí—. Si me sorprenden con el cuerpo de Jordan, las cosas se pondrían difíciles para mí...

Salí del piso sin pérdida de tiempo. Cerré cuidadosamente tras de mí. Subí las escaleras, tomé el cordón de fuerte seda y escalé por él, hasta la claraboya. Me aferré a sus bordes, lo justo para alzar otra vez la tapa de fuertes vidrieras, y salté a la azotea.

Me perdí en la noche. Poco después, falseando mi voz, hacía una

llamada telefónica anónima al cuartel de policía de Tel Aviv, informando de la existencia de un hombre muerto en la Avenida Galilea.

Luego, rápidamente, volví a entrar en el hotel por los tejados, acostándome en mi lecho con celeridad.

Apenas un minuto después de cubrirme con la sábana y la colcha, sonó el timbre del teléfono de mi habitación. Lo levanté, diciéndome que el regreso había resultado providencialmente oportuno.

—¿Sí? —indagué con la voz más somnolienta que pude obtener.

—¿Señor Kane? —Reconocí la voz del inspector Allen.

—Sí, yo mismo... —Bostecé junto al micrófono—. ¿Quién diablos llama a estas horas?

—Inspector Allen. ¿Estaba usted dormido, Kane?

—No, inspector —negué, sarcástico—. Estaba jugando una partida de pinacle con la cocinera del hotel, a la espera del desayuno. ¿Qué le parece, inspector?

—Muy gracioso —refunfuñó el policía—. No sabe lo que sale ganando con estar dormidito en su habitación, Kane.

—Seguramente evitarme un resfriado. ¿Para decirme esa tontería me ha despertado?

—No, no. Quise informarle, puesto que usted tenía interés en él... que acabamos de enterarnos que han asesinado a Tobey Jordan...

—¿Cómo? —estallé, fingiendo perfectamente mi asombro.

—Ahora comprenderá por qué le favorece tanto que no se haya movido de ahí en toda la noche... Eso tiene todo el aspecto de una venganza o un ajuste de cuentas por alguna oscura razón. En casos así, siendo detective privado, sabrá lo conveniente que es tener una buena coartada, Kane...

—Sí, por supuesto —convine a regañadientes—. Pero no sé cómo voy a probar a nadie que he permanecido durmiendo en mi alcoba, sin abandonar para nada el hotel...

—No se preocupe, Kane. Sabemos que no pudo salir de él, a menos que lo hiciera volando. Ese hotel está cuidadosamente vigilado. Es una medida de seguridad para usted, pero nos ha servido esta vez para comprobar algo tan importante como es la coartada del hombre que más interés tenía en la persona de Tobey

Jordan.

—¿No cabe... la posibilidad de un accidente o suicidio? —sugerí, cauto.

—Imposible. No hay nota alguna que explique un posible suicidio. Pero eso no es todo, Kane; existe el hecho curioso de que Jordan era un ardiente enemigo de las personas que practican el suicidio como medio de resolver sus problemas de una vez por todas... Además, nunca tomó barbitúricos en toda su vida y el tubo hallado es de reciente fabricación y venta. Los que le conocían bien, aseguran que alguien llevó a su casa el tubo, pero ese alguien no pudo ser él mismo...

—Ya —manifesté con seca ambigüedad—. Supongo que eso da fin a mi tarea en su país, inspector...

—Me sentiré muy complacido de acompañarle a tomar su pasaje de avión para cuando lo desee. Y si quiere, yo mismo puedo encargarlo y...

—No, no se moleste —corté irónicamente—. Mañana no veré ya a Jordan, pero sí confío en visitar a una joven amiga, para darle un mensaje familiar.

—¿Y después de eso se marchará? —insistió Allen.

—Por Dios, inspector, es usted un hombre terriblemente obstinado. Y muy poco diplomático —bostecé de nuevo, con descaro—. Bien, le veré mañana... y entonces hablaremos de mi viaje de regreso...

Le colgué antes de que pudiera decirme alguna otra cosa.

CAPÍTULO II

Era una bonita zona residencial, entre palmeras, jardines y cuidadas aceras.

Me detuve ante el edificio de tres plantas. Leí el nombre de Dahlia Sloane, en la placa bruñida de la entrada con una indicación debajo:

«DANZA, GIMNASIA Y CULTURA FÍSICA»

Una bonita tarea para una muchacha como Dahlia. Además de atractiva de rostro, debía de tener una bella figura, dada su condición de gimnasta y danzarina, profesora de cultura física.

Pulsé el llamador de su puerta. No contestó nadie.

Insistí repetidamente. Seguí esperando. En vano. Nadie apareció a abrirme. Tal vez no era día de trabajo. O quizá el horario era diferente.

Volví la placa de la entrada. En letra más reducida, decía en inglés y en hebreo:

«Horas de clase: de 9 a 12 y de 2 a 4»

Eran las diez de la mañana. Por tanto, eran horas perfectamente hábiles para ella. Insistí, aunque sabía que era inútil. Luego, retrocedí, pensativo. Tuve la sensación de que alguien me observaba y moví la cabeza en torno mío.

El rostro desapareció prestamente, pero no lo suficiente como para impedir que yo le viese el tiempo preciso. Era una cara de mujer. No hubiera sabido decir si bonita o fea. Sólo advertí que tenía cabellos rojo oscuros.

Ello había sucedido en la vivienda de enfrente. Crucé la calle y me detuve ante una puerta idéntica a la de Dahlia Sloane, pero sin distintivo ni placa alguna. Al lado, había un establecimiento de

artículos de piel.

Llamé al pulsador por dos veces. No tuve que esperar mucho.

La puerta se abrió tímidamente. Asomó el mismo rostro de antes. Comprobé que su cabello era rojo. Y que la cara no tenía nada de fea y sí mucho de atractiva.

—Hola —saludé.

—Hola —contestó ella—. ¿No se equivoca, señor?

—Tal vez no. Busco a Dahlia Sloane.

—Ya le dije que se equivocaba. Es allá enfrente y...

—Sé que es allá enfrente, pero no contesta nadie, a pesar de que es hora de clase. ¿Usted sabe por qué no está hoy Dahlia en su tarea?

—¿Hoy solamente? —La pelirroja se envalentonó algo, y asomó, encogiéndose de hombros. Observé que tenía un pecho enhiesto y llamativo, bajo la blusa color limón. La falda era corta y mostraba la línea de sus bien formadas pantorrillas con generosidad.

—¿Qué quiso decir con eso de «hoy solamente»? —indagué—. ¿Falta con frecuencia?

—No, antes no. Es ahora, desde hace días... Cosa de una semana. No la he visto, ni sé lo que es de ella.

—Tal vez esté ausente; algún viaje...

—Tal vez. Debió ser a causa de aquellos hombres...

—¿Hombres? —Enarqué las cejas—. ¿Qué hombres?

Ella me miró con apuro. Luego contempló la calle. Se hizo a un lado.

—Es mejor que pase —dijo—. Hablaremos donde nadie nos vea, señor...

—Kane. Roger Kane, señorita...

—Lubin. Gemina Lubin —cerró, tras pasar yo. No le importó que su seno me rozara descaradamente—. Dahlia es una buena chica. Somos vecinas. Un día vi a aquellos hombres, hará de ello unos ocho o diez días...

—¿Cómo eran ellos?

—Llegaron en un coche lujoso, un «Mercedes Benz» color aluminio. Eran tres. Llamaron. Vi a Dahlia que abría. Lo hizo con recelo, como preocupada. Ellos hablaron, le dijeron algo que pareció asustarla... Parecía que discutieron. Estoy seguro que ellos querían entrar y Dahlia no se lo permitió. Se fueron con aire de

disgusto.

—¿Eso fue todo?

—Volvieron dos días más tarde, en otro coche, uno de tipo americano. Llevaban maletines y portafolios abultados. Volvieron a llamar. Esta vez, Dahlia les atendió desde la ventana, sin abrir. Volvieron a discutir. Parecía que se ponían amenazadores y ella negaba. Finalmente cerró la ventana, justo en el momento que uno de ellos abría su maletín apareciendo un arma de fuego, una pistola de cañón muy largo y extraño.

—Silenciador —comenté—. Debíó de ser eso. ¿Qué pasó al mostrar ellos el arma?

—Creí que todos iban a sacar armas. Al menos, su modo de tomar las valijas lo dio a entender. Los postigos de la ventana de Dahlia fueron ajustados. No sé lo que hubiera sucedido si, en aquel momento, una patrulla militar no hubiese aparecido por la esquina, de servicio. Ellos cerraron sus valijas, recogiendo todo y se alejaron presurosos. No he vuelto a ver a Dahlia desde entonces. La casa ha continuado cerrada.

—¿Tiene teléfono? —indagué—. Me refiero a Dahlia...

—Sí, por supuesto.

—¿Sabe usted su número?

—Sí, lo sé —afirmó su vecina—. ¿Cree que servirá de algo, estando ausente? Ella vive sola...

—De cualquier modo, podría intentarse. Si no le molesta...

—Oh, no —Gemina Lubin se ofreció, emprendiendo la marcha hacia el interior de la casa—. Venga, utilice mi teléfono, señor Kane.

La seguí. En un gabinete me mostró el teléfono, y buscó en un libro de apuntes, dándome el número. Luego, se acomodó en un sillón, cruzándose indolentemente de piernas. Su falda era tan breve, que dejó ver en todo su atractivo la línea de sus muslos. No desaproveché la ocasión de admirarlos, mientras marcaba el número.

Sonó el timbre de llamada repetidamente. Nadie tomó el aparato. Colgué, sacudiendo la cabeza.

—Es obvio —dije—. No está. Bien, señorita Lubin. Gracias por todo...

—Oh, no se moleste en dármelas. Ha sido un placer —me guiñó

un ojo—. Puede venir cuando quiera por aquí...

Era una invitación muy agradable, pero no creí tener tiempo suficiente para aprovecharla. Mis horas en Tel Aviv estaban contadas.

Cuando salí de la vivienda de la obsequiosa joven pelirroja, me encaminé a telégrafos y puse un mensaje urgente a Londres, con un texto expresivo para Irving Sloane:

«Tobey Jordan asesinado. Su sobrina desaparecida. Hombres armados parecían acosarla según testigos. Ignoro lo que sucede. Debo abandonar Tel Aviv en breve. Espero instrucciones urgentes. Sospecho intentan asesinarme por alguna razón. Saludos: Kane».

Añadí las señas de mi hotel, por si enviaba allí la respuesta, y despaché el texto. Empezaba a sentirme preocupado. Y algo desorientado. Había un factor nuevo en el asunto. Algo que yo no entendía bien, pero que estaba complicando las cosas en la sombra.

Apenas puse el pie en el hotel, descubrí que había considerable revuelo, con abundancia de soldados armados, recorriendo el lugar en todas direcciones. El coronel Levy, ceñudo y malhumorado, estaba en el vestíbulo. Me aproximé a él.

—Coronel, ¿qué es lo que ocurre ahora? ¿Algún nuevo problema?

—Sí, un problema muy grave para nosotros —masculló—. Y posiblemente para usted también, Kane.

—¿Para mí? —me pregunté qué clase de tornado se venía encima ahora—. Temo no entenderle, coronel. ¿Qué es lo que puede afectarme a mí?

—Aún no lo sé. Pero usted viajó en un avión y éste fue secuestrado y dinamitado. Usted entró en este hotel y fue ametrallado sin contemplaciones por gente desconocida. Usted venía en busca de Tobey Jordan, y Tobey Jordan aparece envenenado con barbitúricos... Y ahora, usted se interesa especialmente, según Allen, por una de las guerrilleras palestinas que secuestraron su avión... ¡y la guerrillera Zara Osmin escapa de nuestra prisión, sin ser hallada por parte alguna!

—¿Cómo? —exclamé, lleno de asombro y, en cierto modo, de un oculto gozo difícil de disimular.

—Ya lo ha oído Kane. Nos guste o no, todo parece girar en torno suyo. ¿Qué tal si nos cuenta usted ahora todo muy detalladamente? ¿O prefiere que extienda una orden de detención a su nombre, como presunto implicado en asuntos de Seguridad nacional? Sabe que puedo hacerlo, dadas las circunstancias...

Sí. Sabía muy bien que podía hacerlo, y no me gustaba la idea en absoluto.

—Está bien —admití—. Le contaré todo, coronel...

Le había contado todo.

Cuando menos, todo lo importante para ellos. Por supuesto, no le hablé ni de la carta de suicidio ni de las cosas que me llevara conmigo de la vivienda de Jordan.

Pero tuve que revelarles que mi cliente se llamaba Irving Sloane, era ciudadano israelí y pagaba para que un falso israelí, como él afirmaba que fue siempre Tobey Jordan, pagara los crímenes cometidos contra auténticos ciudadanos de Israel, confiados en su persona y su gestión.

Sorprendido, Allen redactó unos cuantos mensajes para que su Departamento investigara el pasado de alguien tan considerado y respetado en Israel como fuera Tobey Jordán. Luego, siguió escuchando la historia que yo le refería.

Hubo un momento en que el coronel Levy me interrumpió, ceñudo:

—Kane, eso no está muy claro. ¿Por qué se supone que Jordan era culpable de asesinato en Inglaterra?

—Sloane me dijo que él obtuvo las evidencias, pero que estas de nada servían aquí, donde Jordan era poco menos que intocable.

—Eso es cierto. Si Jordan nos engañó, lo hizo con mucha astucia.

—Sé que no son tontos, pero él parecía ser un genio del mal, astuto como pocos, y capaz de todo con tal de llegar muy arriba.

—Su historial, su origen, estaban perfectamente comprobados —suspiró Allen—. No puedo entender que, entre nosotros, un falso judío pueda llegar tan lejos.

—Inspector, todo depende de la audacia y de los recursos puestos en juego por el delincuente.

—¿Y esos crímenes...?

—Cuatro personas en una granja inglesa. Seres indefensos,

coronel Levy.

—¿Por qué los mató?

—Irving Sloane me refirió la historia. Parece ser que Jordan estaba empezando a crear algo: una organización política de tipo clandestino, cuya naturaleza exacta ignoraba. Pues bien: esa organización había resuelto ejecutar a un hombre que estorbaba a sus planes, un granjero que parecía haber obtenido pruebas y datos acusatorios contra Jordan, por simple casualidad. Asustado de la naturaleza de su descubrimiento, quiso desenmascarar al falsario peligroso que planeaba algo tan grave. Algo que nunca reveló a nadie, salvo a su esposa e hijos. Los cuatro fueron ejecutados brutalmente por Jordan. Pero el granjero también había insinuado algo sobre él a un amigo, por teléfono, y ese indicio sirvió a Sloane para seguir la pista sobre Jordan, en busca de nuevas evidencias.

—¿No hizo Jordan nada contra él?

—Sloane es hombre de prestigio y medios en Inglaterra. No es fácil combatirle en su terreno. Sloane descubrió que Jordán podía ser un exdelincuente de nombre distinto, y que habíase sometido a operaciones de cirugía plástica, hasta conseguir incluso facciones semíticas, capaces de engañar a cualquiera.

—Eso son puras teorías, ¿no cree?

—Posiblemente, coronel. Pero encontró a un testigo: un recluso a prisión perpetua en Dartmoor, que fue compañero de correrías de ese rufián. Por mucho que le cambiara la cirugía plástica, él recordaba un detalle para poder identificar al supuesto granuja sin lugar a dudas.

—¿Qué detalle? —preguntó vivamente el inspector Allen.

—No ha llegado a decirlo, porque tiene la promesa de que si identifica a Jordan sin lugar a dudas, le será reducida la pena y podrá salir en breve en libertad vigilada. El pobre diablo no quiere perder esa posibilidad y se aferra a lo que sabe con todas sus fuerzas, sin desvelar totalmente el secreto a nadie.

—Ahora, ya no habrá lugar a reducción alguna de pena, una vez muerto Jordan... —señaló Levy.

—No sé. Tal vez haya una posibilidad, si el cadáver de Jordan es fotografiado minuciosamente y las fotografías de su rostro y cuerpo sirven para que ese desdichado haga su identificación.

—Creo saber lo que ese recluso tiene como referencia para

identificar a su antiguo compañero —habló amargamente Allen.

—¿De veras? —Le miré, intrigado.

—Sí, lo sé. Hemos visto el cadáver de Jordan en el depósito... Y en la espalda, muy abajo, tiene una especie de pequeño tatuaje, junto a un lugar en forma de triángulo. Él tatuaje representa un águila sobre una botella.

—Entonces, posiblemente sea eso —suspiré—. Esperaremos su identificación, sin darle detalles. Si coincide, significará que él estaba en lo cierto. Jordan era un rufián.

—¿Qué cree que hacía entonces aquí, en realidad? —Se inquietó el coronel Levy.

—No lo sé, coronel, pero hasta hoy tuvo plena impunidad, gracias a esa fe que el país entero de Israel sentía por ese hombre —le señalé—. Y, en estas condiciones, cualquier actividad clandestina, peligrosa para la seguridad de su país, podría haber sido posible.

—¿Jordan... un agente proáabe? —dudó Allen—. ¡Cielos, me parece demasiado fuerte!

—Ya les digo que ignoro la realidad de los hechos, pero me temo que algo siniestro hubiera en sus actividades, enmascaradas por esa hermosa institución para los hermanos semitas en todo el mundo, que era la Misión Judía para Occidente. Una perfecta máscara más, para esconder su verdadera personalidad e intención.

—Y, de repente, aparece muerto, asesinado —resopló Levy—. ¿Dónde encajamos eso, Kane?

—No lo sé. Yo aseguraría que había alguien más con él, en todo ese enredo gigantesco que tenía por centro Tel Aviv y la figura de Tobey Jordan, el falso artífice de la lucha hebrea en Occidente.

—¿Quién?

—No puedo saberlo. No he llegado a conocer en vida a Jordan, no pude hablarle personalmente. Eso me hace estar en tinieblas, coronel.

—Sí, le entiendo muy bien, Kane. Ahora, sigamos con otro punto. ¿Qué papel representa en todo esto la sobrina de su cliente el señor Sloane?

—¿Dahlia? Ella lleva tiempo en Israel. Su tío le ha confiado, a veces, secretamente, la misión de vigilar a Jordan, de investigar sus movimientos. En los datos que obran en mi poder sobre Tobey Jordan, uno en particular puede darnos la clave de la relación

Dahlia-Jordan.

—¿Cuál?

—Tobey Jordan fue artista, según su historial oficial: bailarín, concretamente. Eso se relaciona con la profesión de la muchacha. Por tanto, ella debió aprovechar sus clases para ir investigando a Jordan disimuladamente. No podemos saber si lo logró totalmente, porque hay la evidencia de que hombres armados iban tras ella, y Dahlia optó por emprender la fuga, asustada.

—De modo que Jordan era una especie de adversario disfrazado... y Dahlia Sloane era la espía particular, capaz de informar sobre sus actividades.

—Exacto. Sloane, su tío, es hombre de abundantes medios de fortuna. Se siente orgulloso de su raza y de su pueblo, y quiere cooperar en la medida de lo posible, aun a riesgo de parecer un fantasioso sin sentido, señalando a los que traicionan a Israel. Así llegó a acorralar a Jordan, pese a la distancia. Mi llegada aquí debía marcar el golpe final a la fuerza y prestigio obtenidos por Jordan en Tel Aviv. Sin duda, Dahlia tenía encargo de ponerse en relación conmigo, antes que yo con ella, para correr menos riesgos. Pero ha desaparecido. Y no sabemos nada de su paradero actual...

Un policía entró en aquel momento en el *hall* donde tenía lugar la animada charla entre nosotros tres. Hizo una seña a Allen, y el inspector asintió, aproximándose a él, y escuchando sus palabras. Luego, tomó de manos de su subordinado un papel escrito, que examinó con el ceño fruncido.

Por su aspecto, obviamente, no se trataba de ninguna buena noticia.

Se acercó a nosotros, ensombrecido el semblante. Levy le preguntó con aspereza:

—¿Ocurre algo, inspector?

Allen asintió. Le tendió la nota.

—Acaba de llegar el mensaje a Radio Tel Aviv —dijo—. Procede de un punto no localizado, en la Península del Sinaí, coronel...

Levy leyó el texto con gesto taciturno. Masculló algo entre dientes. Luego, me tendió a mí el escrito. Su lectura me dejó tan impresionado como a ellos:

«Tenemos en nuestro poder a Dahlia Sloane, agente israelí. No se acerquen a los pozos de petróleo del Sinaí.

Vamos a volarlos. Ordenen evacuar a sus soldados en esa zona o asesinaremos a Dahlia, enviándoles su cadáver trozo a trozo.

»Esperamos respuesta en el boletín de noticias de esta noche.

»Comando Oro Negro».

CAPÍTULO III

El boletín de noticias de las nueve de la noche, transmitió el mensaje que los guerrilleros esperaban:

—«Conforme condiciones. Retirados destacamentos militares zona petrolífera del Sinaí. Respeten vidas humanas encarecidamente. Familia Dahlia Sloane ofrece comando Oro Negro un millón de dólares por la vida de su sobrina. Respondan forma pagar rescate y recuperar a la cautiva».

Escuché el informe radiado especialmente para los guerrilleros, mientras nuestro helicóptero sobrevolaba la región montañosa del Sinaí, no lejos del emplazamiento de los tres mayores pozos petrolíferos de la Península.

Un proyector de luz infrarroja iluminaba el terreno en la noche, gracias a los cristales infrarrojos de nuestras gafas especiales. El coronel Levy iba a mi lado, inmutable, con severo semblante. Otro helicóptero nos seguía y, a no mucha distancia, tres aviones «Phantom» bien equipados, eran nuestra escolta definitiva para cualquier posible agresión en el espacio aéreo, aunque no se temía que los palestinos tuvieran aviones sobrevolando el Sinaí.

—Creí que Israel nunca cedía a esa clase de chantajes —le hice notar al coronel.

—A veces no queda más remedio que ceder: Las vidas humanas deben ser salvadas siempre que ello sea posible. Si vuelan los pozos petrolíferos se habrá perdido una gran riqueza del Sinaí, que nos era muy útil. Pero eso se suple con los envíos de crudo de Estados Unidos. Las vidas no hay modo de suplirlas.

—Ya vio el mensaje llegado de Londres —suspiré—. Sloane ofrece una fortuna por su sobrina. Esperemos que ello permita rescatar a Dahlia Sloane sana y salva...

—Es posible que sí. Un millón de dólares es mucho dinero para una organización terrorista... Bien, Kane, ahora hemos tenido que

olvidar al dichoso Jordan y su juego de traición y engaño. Nuestro enemigo es siempre el mismo: el pueblo árabe y sus fanáticos combatientes.

—Seguirán siendo ambos enemigos, mientras no se alcance una paz justa —sentencié—. Pero eso no es fácil, cuando hay intereses por medio. Ahora mismo, me resulta sorprendente imaginar a un comando, a un simple grupo de combatientes árabes, capaces de disponer de tan potente emisora de radio en movimiento, de explosivos para la voladura de los pozos petrolíferos... y de medios para salir de esa zona antes de que caigan las fuerzas israelitas sobre ellos.

—Sin embargo, ya ve que así se están produciendo las cosas...

—De momento, sólo he visto la firma de un grupo que se hace llamar Oro Negro. Es todo lo que sabemos sobre esos agresores, coronel.

—¿Le parece poco? Es una típica acción guerrillera, ello es obvio.

—Que yo recuerde, ninguna guerrilla aniquiló jamás una serie de pozos petrolíferos. Para ello hacen falta abundantes explosivos, sistemas de conexión, técnica para preparar todo eso... Y organización. Mucha organización. Raptan a Dahlia Sloane hace una semana en Tel Aviv, aparecen sus raptos en Sinaí ahora... No sé, coronel. Veo algo raro en todo esto.

—¿Raro? ¿Quiere decir que puede ser una emboscada? No creo que se atrevan a tanto. Recuerde que podemos solicitar en cualquier momento los aviones «Phantom» de caza, y ellos no pueden tener medios para enfrentarse a ellos...

—¿No? —Sacudí la cabeza—. He estado examinando el mapa de esa zona, y he advertido que el medio más seguro de llegar a ella, volar los pozos de petróleo y los oleoductos, y no arriesgar vidas humanas es... disponiendo de aviones que bombardeen el lugar preciso.

—¡Aviones de bombardeo! —rió Levy, divertido—. Cielos, Kane, ¿adónde va a parar? No existe comando capaz de semejante alarde...

—¿Y... si no fuera un comando? —pregunté.

—¿Qué quiere decir? —balbució el militar.

—No, nada —suspiré, volviendo a mirar abajo, pensativo—. Es

algo que se me había ocurrido de repente. Tal vez una locura... Eh, mire allá. Conozco ese lugar. Está edificado ahí el Hospital Militar de la Estrella de David. Los pozos de petróleo no andan lejos... ¿Podríamos bajar un momento? Tengo curiosidad por ver a una paciente... Una paciente llamada Jane Ashton...

El coronel consultó su reloj, y asintió:

—Sí, vamos. Pero sólo unos minutos. Debemos alejarnos de esta zona antes de la media noche. Son las últimas instrucciones recibidas, Kane.

—Sobrará tiempo —dije—. A *lady* Ashton vamos a darle una grata sorpresa...

—¿*Lady* Ashton? Lo siento, señor. No hay ninguna paciente de ese nombre aquí.

—¿Cómo? —me sorprendí—. ¡Si yo mismo la ingresé aquí, hace apenas cuatro días...!

—Oh, señor, lo siento... —La enfermera hebrea me contempló, pensativa. Luego, asintió—: Ya creo recordar... La dama del avión, que parecía sufrir un mal cardíaco...

—Sí, la misma —asentí—. Y de hecho lo sufría. Fue el diagnóstico médico. ¿Es que no sigue aquí?

—Señor, la señora Ashton desapareció sin dejar rastro el mismo día de su ingreso.

—¿Qué?

—Apenas ustedes se marcharon, se le practicaron radiografías, electrocardiogramas, y todo lo preciso para diagnóstico. Durante todo ello, desapareció. Se ausentó sin más. Nunca hemos podido hallarla.

—¡Cielos, por fuerza debió trastornarle su lesión cardíaca! —me alarmé.

—¿Lesión cardíaca? —La enfermera negó—. Le traeré todas las radiografías y electrocardiogramas, señor. Usted mismo comprobará que nunca tuvo lesión cardíaca alguna. El doctor hablará con usted.

—Pero... ¡pero el doctor Malgré lo diagnosticó a bordo! —protesté.

—Sí, ofrecía todas las trazas de una dolencia cardíaca aguda, pero era sólo el resultado de alguna droga capaz de alterar su función cardíaca normal y provocar los síntomas de un colapso... En fin, el doctor se inclina por suponer que esa dama, para ser

evacuada, fue lo bastante astuta como para drogarse a sí misma, para fingirse enferma y provocar la compasión de los secuestradores del avión.

—La compasión de los secuestradores... —repetí, atónito—. Cielos... Una anciana tan astuta... Y pensar que, de no hacer eso, poco más tarde todos hubiéramos...

—Además, señor, no era tan anciana. No podía serlo. Su examen denotaba una vitalidad propia de una mujer de menos de treinta años. E igual ocurría con su circulación, su actividad cardíaca y todo. Tenía que ser muy joven, pese a su aspecto...

—¿Joven? —Escuchaba todo aquello con un enorme estupor—. Cielos, no entiendo absolutamente nada...

Me volví. Mi mirada se cruzó con la del coronel Levy, tan sorprendido como yo. Inesperadamente, apremié al coronel:

—¡Pronto, envíe un mensaje por radio a Tel Aviv! ¡Qué pregunten a TWA cuál era el destino de la señora Ashton en ese vuelo! —pedí.

El coronel Levy me miró, intrigado. Luego, se acercó al helicóptero, parado ante el hospital, para entablar contacto por radio con la base. La enfermera me proporcionó las radiografías y electrocardiogramas.

Ciertamente, la señora Ashton jamás sufrió lo más mínimo del corazón... Y su cuadro clínico era el de una mujer sorprendentemente joven...

A mi regreso al helicóptero, Levy tenía ya noticias para mí.

—Jane Ashton hacia el vuelo Londres-Atenas. De no mediar el secuestro aéreo, se hubiera quedado en la capital griega, a primera hora de la tarde...

—Exacto. Sobre las tres y media a cuatro —recité—. Luego, a las cinco, ya cerca de Tel Aviv... ¡el avión hubiera estallado en mil pedazos, con todos nosotros a bordo... menos la señora Ashton, naturalmente!

—¿Qué quiere decir con eso, Kane?

—Coronel, en ambos casos, era la señora Ashton la que se libraba sin duda de la explosión cronometrada para las cinco de la tarde... Al haber un secuestro, fingiendo una dolencia cardíaca aguda. Podía fallar el truco, pero había que correr el riesgo... o resignarse a morir con todos los demás, a bordo del avión.

—Cielos, habla usted como si esa dama supiera la existencia de la bomba...

—Es que ella LO SABÍA, coronel.

—¿Qué? —estalló, atónito.

—Jane Ashton, coronel Levy, era una mujer mucho más joven de lo que parecía. Ahora comprendo su tersa piel pálida, suave... Lo demás era ficticio: arrugas en las manos, un velo, pelo canoso, acaso lentillas de color y un maquillaje adecuado, ropas oscuras y largas... Su nerviosismo no era por el secuestro, sino POR LA BOMBA. Al ser evacuada, se libraba de ella definitivamente.

—Pero Kane, ¿para quién era, entonces, esa bomba?

—Para mí, coronel. Tal como imaginé. Londres telegrafió a Jordan. Yo llegaba a bordo. La bomba, también. Desde Londres, venía conmigo la muerte. Y su fría ejecutora, una dama disfrazada, sumamente astuta y despiadada. De modo que Jordan tenía en Tel Aviv un cómplice femenino, una mujer capaz de... ¡Coronel! —aullé de repente.

—Cielos, me asustó usted —me miró el militar israelí con asombro—. ¿Qué le ocurre ahora?

—¡Coronel, es una idea! ¡Pero una idea delirante! ¡No obedezcan el ultimátum! ¡No evacúen la zona! ¡Envíen aviones! ¡Que los «Phantom» abatan a quién intente, desde el aire, dinamitar el petróleo del Sinaí!

—Pero... ¿se ha vuelto loco, Kane? Eso no tiene sentido...

—Hágalo, coronel. Informe a Tel Aviv. El ataque será aéreo. Tienen aviones. Tienen de todo. Es una enorme organización. Jordan y... los demás. Como Jordan ya no interesaba, fue eliminado. Se fingió su suicidio, pero era un crimen. Alguien, más ambicioso, cruel y malvado que Jordán, se ha encargado de tomar las riendas del asunto.

—¿De qué asunto? Jordan no era un proárabe, Kane.

—No hablo de árabes, coronel. No hay árabes en esto, con la excepción de los guerrilleros que atacaron nuestro avión casualmente... alterando todos los planes de ese falso Comando «Oro Negro»...

—Si no es un comando, ¿qué diablos es? ¿Quiénes pretenden destruir el petróleo del Sinaí?

—Si mis sospechas son ciertas, pronto lo sabrá, coronel. Pero,

desde luego, no son árabes aunque lo parezcan. Como tampoco serán judíos los que, cualquier día, destruyan algo importante de los árabes como la Presa de Asuán o cosa parecida... Pero ustedes se acusarán mutuamente, se declararán de nuevo la guerra... y correrá la sangre, como esta noche va a correr el petróleo en el Sinaí... ¡Ninguno habrá hecho nada al otro, pero la mecha de la guerra en Oriente Medio, estará encendida de nuevo!

—Y ello... ¿por quién?

—Por una organización beneficiada de ello. Por alguien que cobra, quizá, de los grandes *trusts* mundiales de armamentos... El eterno negocio utilizado como medio de enriquecer a unos astutos delinquentes internacionales...

—Me ha convencido. Pero si no es así, mucha gente va a morir inútilmente esta noche, Kane...

—Será así, coronel, estoy seguro. Vamos, cambien la táctica... y veremos qué sucede...

Fueron dos aviones de carga, dos transportes escoltados por dos cazas. Sus distintivos eran árabes. Apenas sobrevolaron cerca de la zona de los pozos petrolíferos, los «Phantom» judíos aparecieron, cayendo sobre ellos como halcones.

La batalla aérea se terminó pronto. Los israelitas abatieron a la escuadrilla enemiga, antes de que ninguno de los yacimientos de oro negro fuese dañado por proyectil alguno.

El informe transmitido desde el campo de batalla por el coronel Levy fue escueto:

—Los aviones no eran árabes. Se habían adherido sus letras y distintivos recientemente. A bordo de uno de ellos, medio destruido nada más al caer, se han encontrado distintivos israelitas también...

—Lo sabía —dije roncamente, apenas me enteré—. Era como yo me imaginaba, coronel.

—Pero... ¿qué se imaginaba, exactamente?

—La realidad: una organización dispuesta a provocar la guerra, haciendo caer acusaciones mutuas entre ustedes y los árabes. Reciben el dinero de algunos industriales de armamento, agrupados en un *trust* anónimo internacional. Ellos serían los únicos grandes beneficiados con otra sangrienta guerra, ¿no comprende?

—Pero ¿cómo se le ocurrió semejante cosa, Kane?

—Fue una corazonada. Esa extraña señora, *lady* Ashton... Ella

me condujo a la verdad.

—¿Ella?

—En realidad, oculta con su disfraz al autentico cerebro de la organización criminal. Una persona que no tardará en caer irremediabilmente en nuestro poder... En cuanto al rescate por Dahlia Sloane, ¿ha sido ya pagado a alguien?

—Hay instrucciones para dejar el dinero en Tel Aviv, en determinado lugar... fuera de la ciudad. Y ella será devuelta...

—Bien. Esperemos, cuando menos, que eso sí resulte al pie de la letra...

Y resultó.

Dahlia, la hermosa y joven Dahlia Sloane, fue recuperada al día siguiente, mientras la noticia de la farsa que estuvo a punto de provocar una nueva guerra en Oriente Medio era hecha pública al mismo tiempo por Radio El Cairo y Radio Tel Aviv.

Acudí enseguida a ver a Dahlia, que fue conducida a mi hotel, con aspecto de fatiga y pálida la faz, para recuperarse lejos de su domicilio, bien protegida por los soldados. El inspector Allen y el coronel Levy me acompañaban.

—Es un placer, señorita Sloane —dije, al estrechar su mano suave y marfileña.

—Gracias, señor Kane —suspiró ella—. Ya me han contado que trabaja para mi tío Irving, en Londres... Gracias a su dinero, he podido volver sana y salva de las manos de esos fanáticos...

—¿Eran realmente árabes sus captores? —indagó Levy.

—Al menos, lo parecían —murmuró ella, amargamente—. Les veía poco. Me trataron bien, pero...

—Ahora serénese, Dahlia —le pedí suavemente—. ¿Le infligieron golpes, alguna herida...?

—No, afortunadamente, no. Ningún daño, señor Kane —musitó, con sus grises ojos fijos en mí—. Sólo necesito reposo...

—Perdone, Dahlia, pero es que me pareció que aquí... podía tener alguna herida.

Y, bruscamente, de modo casi grosero, ante el asombro del coronel y del inspector, tiré de su blusa hacia arriba, desnudando su espalda, blanca y alabastrina.

Sobre sus riñones, un corte, como por algo afilado, destacaba cicatrizado en parte. Dahlia gritó, palideciendo más aún y

modulando una protesta airada. Yo había visto antes aquella herida. Y aquella espalda.

—Lo sabía —murmuré.

—¡Kane! ¿Qué es eso, qué significa...? —comenzó Allen.

—Inspector, le presento a Dahlia Sloane... alias Jane Ashton, la dama del avión. ¡La autora del atentado en que murieron tantos pasajeros, la autora de la muerte de Jordan, el cerebro director de la organización criminal que sirve a los intereses de los fabricantes de armamento bélico, y la que envió a esos pistoleros a coserme a balazos en el hotel!

CAPÍTULO IV

El horror les inmovilizó. No supieron qué hacer o qué decir.

Quizá por ello, Dahlia intentó evadirse presurosa.

Precipitóse hacia el exterior, a través de un ventanal, burlando toda posible vigilancia, tras dirigirme un soez insulto obsceno. Sus ojos grises, que yo viera azules en el avión, gracias a lentes de contacto, me dirigieron una mirada cruel y aviesa.

Pero apenas había salvado ese hueco, cuando una figura cayó sobre ella, enzarzándose ambas en una feroz, exasperada pelea.

Dahlia no pudo escapar. Cuando los hombres de Allen acudieron, apresándola, les costó trabajo separar a su adversaria.

Era una mujer.

Una mujer bronceada, morena, hermosa y sensual.

Una mujer llamada Zara Osmín, guerrillera palestina.

Volviéndose hacia mí, Zara murmuró, jadeante aún, desgarradas sus ropas sobre las formas de hembra vigorosa y exultante:

—No escapó, Kane. Esta vez, no...

—Zara... —murmuré—. ¿Tú sabías...?

—Hacía tiempo que actuaba una organización aquí, intentando causar la guerra entre unos y otros. Era una sospecha que tenía. Por eso me enrolé con los guerrilleros palestinos, intentando averiguar algo que nos convenía por igual a unos y a otros, Kane...

—¿Entonces, usted...? —indagó el coronel Levy.

—Yo soy, en realidad, agente secreto del Servicio de Inteligencia de Egipto —informó ella, bajando sus brazos—. Pueden acusarme de espionaje en su territorio, pero no era contra Israel esta vez, sino en favor de la paz común...

Levy hizo un gesto, ordenando que se la llevaran. Ella me miró sonriente, antes de alejarse, por un lado, mientras Allen conducía por otro a Dahlia Sloane.

—Irving Sloane va a llevarse un gran disgusto cuando sepa que

su propia sobrina era la amante y cómplice de Jordan en Tel Aviv —comenté. Miré pensativo al coronel—. En cuanto a esa chica, Zara...

—Escuche, Kane. No tiene que interceder por ella. Los guerrilleros serán acusados de piratería aérea, simplemente. Será una pena leve. En cuanto a Zara Osmin, creo que se la expulsará del país, sin más complicaciones. Es la mejor solución para todos.

—Gracias, coronel —sonreí—. No esperaba menos de usted...

—Es lo menos que le debo, por la ayuda que nos prestó a todos. Salvó el petróleo y salvó, creo, a todo el Oriente Medio de una nueva conflagración sangrienta...

—Todo eso casi me hace sentirme importante —suspiré, meneando la cabeza.

EPÍLOGO

El avión dejó atrás Tel Aviv.

Esta vez sobrevolábamos el Mediterráneo, hacia algún lugar desde el cual Zara seguiría viaje a El Cairo, y yo a Londres.

Todo había terminado ya. La misión estaba concluida. Y ambos lo sabíamos.

—Nunca imaginé que fueses una espía, Zara —comenté al fin.

—Tampoco yo me figuré que actuaras de pacifista en una zona tan peligrosa como ésta —rió Zara de buen grado.

—Debió ser terrible para ti, ver aquella explosión en el reactor...

—Imagínate. No siendo guerrillera ni terrorista, era sentirme culpable en parte, aunque estaba segura de que ni Ben Fayid ni los demás eran responsables de ello. No podía entenderlo, Kane... ¿Tanto te temía esa mujer?

—Dahlia había aprendido tanto junto a su maestro, Jordan, que terminó por ser mejor que el profesor, y se erigió en cabeza rectora de la organización. Era recelosa, y temía que un detective encargado de investigar la vida de Jordan, acabara por encontrarla a ella por medio. Y en realidad, así sucedió, pese a todo.

—De modo que fingió secuestrarse a sí misma, tras una farsa con sus propios pistoleros, para que la gente no se sorprendiera de su ausencia, y estuvo a punto de lograr que la voladura de los pozos petrolíferos provocase la guerra nuevamente...

—Sí, estuvo a punto, Zara. Pero fracasó, que era lo importante. Ahora, su tío va a pasar un mal rato cuando sepa la verdad, pero es algo inevitable.

—De modo que... ¿vuelves a Londres, Kane?

—¿Y tú a El Cairo?

—Creo que es nuestro deber, al menos de momento... —suspiró

—. Pero Londres y El Cairo no están tan lejos...

—No, no están muy lejos —admití—. Podemos reunirnos en

cualquier momento, y hablar juntos, ir a algún sitio, cenar, bailar, recordar esa pesadilla del Sinaí y de Tel Aviv, como algo muy lejano, que nunca se volverá a repetir si los hombres, no importa del país o la raza que sean, son lo bastante inteligentes para no complicarse en nuevas y terribles luchas.

—Sí, Kane. Esperemos que sea así... y entretanto, busquemos unas fechas libres para un encuentro más agradable y menos movido que el anterior...

—Mientras no te vuelva a ver robando aviones... —Reí de buena gana.

—Espero que eso no se repita. Fue una ingrata experiencia. Llegué a pensar que me ahorcarían sin remedio, por pirata y asesina...

—Nuestro trabajo, por una u otra causa, siempre reporta problemas —murmuré, resignado—. Debemos aceptar todos los riesgos como algo natural, Zara...

—Sí. Creo que sí, Kane...

Nos miramos. Y nos echamos a reír.

El reactor sobrevolaba el Mediterráneo apaciblemente. Esta vez, no hubo secuestro aéreo...

Zara y yo nos encontramos otra vez.

En el Cairo.

Fue un bello encuentro, pero muy breve. Sin embargo, bastó para que nuestra amistad mutua se convirtiera en algo más profundo...

Ahora, estoy esperando que sea ella quien venga a Londres. Lo tengo todo preparado para su visita. Todo.

Incluso el certificado de matrimonio.

Sé que pondrá algunas objeciones. Ya lo hizo en El Cairo. Pero no me importa. Forma parte de mi trabajo resolver los problemas que se me presentan. Y el de las objeciones de Zara, será uno de los más agradables a cumplir.

Porque al final, sé que firmará. Y aceptará ser la señora de Roger Kane, detective privado.

Sé que lo aceptará todo, tal como está planeado por mí. No puede ser de otro modo. Las mujeres no pueden engañarme fácilmente. Ni en ese terreno, ni en ningún otro.

Y si no, que se lo pregunten a la falsa *lady* Ashton de aquel viaje

infernol hacia Tel Aviv...

Ella tampoco me engañó. Ni entonces, ni después, con su auténtica personalidad. Me gusta estudiar a las mujeres. Y saber siempre cómo van a reaccionar.

No es que se acierte infaliblemente, porque son tan extrañas...

Pero a Zara creo conocerla ya lo suficiente. Y sé lo que dirá al final, pese a cuánto argumente en principio:

—Sí, querido... Está bien, Roger. Como tú digas... Eso es, justamente, lo que dirá.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Auténtico. Aún se conserva, y así lo afirma la tradición. La posterior descripción también se ajusta a la verdad. Hoy en día puede aún ser admirado, aunque el actual *statu quo* del Sinaí, hace difícil tal viaje turístico. < <